

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

TEBAS

Jorge Ángel Livraga



TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA



Dedico este manual a todos mis discípulos ansiosos de tomar contacto con ese misterio que llamamos Egipto a través de una de sus tantas y tan bellas expresiones. Y al Genio del recuerdo, que me hace murmurar nuevamente la letanía recogida en el “Libro de la morada oculta”:

“BIENAVENTURADO EL QUE VIVE,
BIENAVENTURADO EL QUE MUERE EN TEBAS”.



TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

ÍNDICE

ÍNDICE.....	3
INTRODUCCIÓN	4
CRONOLOGÍA	5
DUDAS SOBRE LA CRONOLOGÍA OFICIALMENTE ACEPTADA.....	11
LA “OTRA HISTORIA”	15
UNIDAD TRAS LA PLURALIDAD.....	19
EL MISTERIO DE LA CONSTITUCIÓN INTERNA DE LA NATURALEZA Y DEL HOMBRE	34
SENTIDO ESOTÉRICO DE LA MOMIFICACIÓN Y LAS OFRENDAS FUNERARIAS.....	42
SIGNIFICADO OCULTO DE LOS SARCÓFAGOS.....	51
LOS RECINTOS DEL OESTE	58
EPÍLOGO.....	63
BIBLIOGRAFÍA.....	65

Todo tema concerniente al pasado humano debemos abordarlo con suma cautela, conscientes de que así como hay un velo que nos impide conocer el futuro a pesar de sus muchos signos augurales y de la deducción lógica de los acontecimientos, hay otro que difumina las formas antiguas hasta hacerlas incomprensibles.

El que crea que las ciencias históricas y arqueológicas en general son exactas desconoce el proceso evolutivo cíclico de estas mismas disciplinas y el apasionante y, a la vez, fatigoso trabajo de continua interpretación de las concepciones, siempre cambiantes, a que se ve sometido el investigador, inevitablemente presionado por su propia alienación y la de su tiempo.

Los antiguos griegos llamaron *Egipto* a la vieja Tierra de Kem, lo que significa “misterio” y “enigma”.

Y dentro de ese enigma, hemos elegido el área de la antigua ciudad que, asimismo, los griegos llamaron *Tebas, la de las cien puertas*, para diferenciarla de la otra ciudad griega a la que denominaban *Tebas, la de las siete puertas*.

Esta misma mención ya encierra un misterio. Por sus obras, no podemos deducir que los egipcios fuesen tan torpes arquitectos como para construir una puerta al lado de la otra. Y si pensamos que para el hombre de los tiempos preindustriales, el caminar varios kilómetros para llegar a un lugar cualquiera era lo más corriente, entre puerta y puerta no podía haber menos de 500 metros. Si multiplicamos 500 por 100, nos da una ciudad con un perímetro de 50.000 metros, cosa que la actual arqueología y la observación aérea no constatan, sino que contradicen. La que los egipcios y los griegos nombraban por apelativos, la misteriosa ciudad sede del gobierno sacerdotal de Amón, no tenía esa extensión tan enorme. Y de sus murallas quedan restos insignificantes.

¿Es que los griegos dijeron cien como sinónimo de “muchas”?... Esto es algo que tal vez nunca sabremos.

Algunos autores contemporáneos conciben que esa inmensa extensión abarcaba también la ribera occidental del Nilo, *la ciudad de los muertos*. Pero la propia característica del valle que está junto a la Montaña Occidental y la absoluta ausencia de vestigios de murallas impiden avalar razonablemente estas hipótesis, nacidas de la sensación de desesperación que crea en nosotros lo incomprensible.

Mas, para andar por las ardientes arenas de Egipto, cruzadas por el único gran río del mundo que corre de sur a norte, es necesario habituarnos a lo incomprensible, a lo enigmático, a lo misterioso e hierático... y, sin embargo, profundamente humano.

*Tebas ha existido antes que cualquier otro lugar;
el agua y la tierra estaban en ella en el origen de los tiempos,
y la creación del mundo y de los dioses se hizo en Tebas,
gracias a su dios, Amón*
(Papiro de la época de Ramsés II).

Todos los pueblos, los hebreos, los chinos, los mayas, los griegos, se consideraron como los más antiguos de la Tierra. Los egipcios no fueron en ello una excepción. Pero, más allá de las máscaras temporales y geopolíticas, la referencia va hacia un *hombre celeste*, el arquetipo de toda la Humanidad, y la ciudad —en este caso, Tebas— es la *cuna material* de ese hombre, como en el mito hindú de Agni, en el *Rig Veda*, que nace en un establo de madera y pajas que arden a su contacto.

Estas narraciones milenarias se encuadran rápidamente en el muy amplio marco de las “mitologías”... que para los respectivos creyentes son “historia sagrada”, como sucede con los hebreos y cristianos respecto a la *Biblia*. Es evidente para los actuales científicos que la letra exotérica de esos libros y tradiciones es, por lo menos, meramente alegórica y carente de verdad a nivel histórico.

Mas la constatación de la ignorancia es un punto de partida hacia el conocimiento, aunque no el conocimiento en sí. De tal forma se buscan otras fuentes de más segura información. Al contrario de lo que cree la mayoría de la gente, es muy difícil determinar la correcta antigüedad de algo, pues los métodos estratigráficos no son aplicables en muchas ocasiones, y los modernos aparatos que miden la radiactividad y las variaciones de la magnetización natural no pueden trabajar con precisión, salvo en casos excepcionales. Y cuando se trata de piedras y otros materiales no orgánicos, el fechaje se hace por comparación. Pero, si dentro de mil años siguiesen existiendo estos actuales medios de investigación y se tratase de fechar la edad de la esfinge de Gizeh con referencia a una hoguera que se hubiese encendido entre sus patas en los últimos años, se la consideraría contemporánea al avión supersónico Concorde.

Los egiptólogos trabajan aún hoy, con pocas variaciones, basándose en una cronología que ofreció un sacerdote egipcio de existencia indeterminada al que los griegos clásicos dieron como nombre Manetón. Este dividió la historia de Egipto según dinastías o cambios de familia en los gobernantes, dentro de una continuada teocracia que partiría de los mismos dioses regentes del país de Kem. Así, el rey o faraón era la encarnación de un orden cósmico, y su figura se despersonaliza a través de un fluir más o menos ininterrumpido; aunque hoy sabemos que hubo dinastías, como la XV, que solo existieron como transiciones efímeras, y que lo que Manetón llama “años” no es seguro

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

que lo hayan sido de 365 días, ya que en el Antiguo Egipto coincidían, por lo menos, tres sistemas de calendario.

Un ejemplo de tabla cronológica es la aportada por Michalowsky y sus discípulos y que podríamos resumir como sigue:

PREHISTORIA

Antes del 4000 a. C. Período Lítico.

Poblaciones de El-Fayún, Merindé-Beni, Salameh, El-Omari, en el Bajo Egipto. Tasa y Badari en el Alto.

Del 4000 al 3000 a. C. Período Calcolítico, Eneolítico o Predinástico.

En el sur, relacionado con la Cultura de Badaria y de Nagada. En el norte, con la llamada Cultura de Heliópolis.

PERÍODO ARCAICO

Del 3100 al 2686 a. C. Dinastía I y dinastía II.

En la primera, se introduce a Menes, quien, según lo que oyó Herodoto contar a fieles creyentes, habría sido un gran rey que, entre otros prodigios, fundó la ciudad de Menfis. A Menes se le llama también Narmer, y a él se atribuye la famosa paleta de piedra de probable uso ceremonial. Se la llama Época Tinita por la ciudad de Tinis, jamás hallada.

La segunda es la época en que se habría desarrollado Menfis y construido las primeras pirámides escalonadas o sistema de tumbas recubiertas de túmulos. Otros autores creen que ello no ocurrió hasta el siguiente período.

IMPERIO ANTIGUO

Del 2686 al 2181 a. C. Abarca desde la dinastía III a la VI.

Según algunos autores es la verdadera Época Menfita y en ella se construyeron la pirámide de Zoser en Sakara y las grandes obras del complejo de la Ciudad Blanca (durante la dinastía III), gracias a la intervención del arquitecto, médico y mago Imhotep, quien luego sería divinizado y asociado a Esculapio y Seraphis.

La IV dinastía dará paso a Snefrú, Keops, Kefrén y al llamado por los griegos Micerino. Estos últimos habrían construido las tres pirámides que hoy llevan sus nombres, aunque la atribución sea muy dudosa.

La V dinastía está compuesta por Sahurré, Niuserré y Unas. A este último se atribuye la construcción de la pirámide —hoy exteriormente en ruinas— que guarda en su interior el antiguo ritual conocido por *Texto de las pirámides*, cuyos jeroglíficos no

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

se han traducido totalmente, y del cual se dice que los griegos extrajeron el famoso libro de aforismos y sentencias, solo en parte conservado, llamado *El Kibalión*.

La VI dinastía la llenan Teti y Pepi. Se la considera época de gran expansión cultural y política.

PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

Del 2181 al 2133 a. C. Abarca desde la dinastía VII a la X.

Se destacan grandes revoluciones, invasiones de pueblos marinos y cataclismos. Egipto se hunde en una suerte de período feudal o edad media. Las primeras dinastías seguirán siendo menfitas y la IX y X tendrán su asiento en una ciudad que los griegos llamaron Heracleópolis.

IMPERIO MEDIO

Del 2133 al 1786 a. C. Abarca las dinastías XI y XII.

De este confuso período hay pocos datos. En la dinastía XIII imperan los Sebekhotep y los Neferhotep. En la XIV los *reyes ignorados*. Y en la XV y XVI sobreviene la gran invasión de los hicsos o “vulgares”, que se asimilan a la cultura egipcia, como lo vemos a través de miles de escarabeos geometrizarantes de cerámica y piedra. No se ha aclarado por qué abandonan Egipto, y algunos fragmentos de papiros aseguran que eran tan repugnantes que, después de su partida, se levantaron las losas de los palacios por los que habían pasado.

IMPERIO NUEVO

Del 1650 al 1085 a. C. Abarca desde la dinastía XVII a la XX.

La XVII radica en Tebas, con Kamose. La XVIII incluye personajes muy importantes. Sus faraones son Ahmosis, los Amenofis, los Tutmosis, Hatshepsut, Akhenatón, Tutankhamón y Horemheb.

Ahmosis termina definitivamente con la invasión hicsa y Amenofis I crea el Nuevo Imperio; de los tres, el más conocido. Tutmosis I y Tutmosis II reconquistan todas las tierras perdidas y agregan otras nuevas al Imperio de la Doble Corona. Hatshepsut conserva el poder en nombre de su legítimo sucesor, Tutmosis III, y llega a presentarse disfrazada de hombre. Su gobierno es fecundo y envía expediciones navales al País de Punt, sobre el cual no se ponen de acuerdo los especialistas, creyéndose en la actualidad que le dio la vuelta completa a África con su gran flota, en lo que más se parece a una expedición militar de castigo que a una embajada comercial. Es posible que sus naves, ligeras y sólidas, barrieran a los piratas que infestaban el Mar Rojo y el Mar Árabe. Se dice que dejaron varios puertos fortificados para evitar nuevas invasiones, de las que Egipto no se había olvidado. Es la primera flota egipcia de alta mar de la que tenemos noticias. Al regresar, trajeron animales y plantas exóticas, que fueron

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

cultivadas luego en Egipto, como el incienso. La teocracia tebana la aceptó hasta su muerte. Le sucede el extraordinario Tutmosis III, gran Iniciado, sabio, conquistador y guerrero que completa diecisiete expediciones en Asia. Amenofis IV se convierte en el gran hereje Akhenatón, que deja Tebas y se hace construir una efímera capital en Tel-El-Amarna. Combate los Misterios, y Egipto conoce una guerra de religión en la cual se debilita, y sus fronteras asiáticas se hunden. Es buen poeta, pero pésimo gobernante y, probablemente, homosexual. En Egipto se habían construido más de setenta pirámides, y se dice que este faraón hizo saquear y destruir varias de ellas, así como destruyó los nombres que, por estar envueltos en un óvalo relacionado con la Llave de la Vida, hoy llamamos *cartuchos*. Reinó diecisiete años y se suicidó o fue envenenado con una copa de vino.

Modernas teorías quieren que Smenkaré fuese el verdadero compañero de este faraón y que la bella Nefertiti fuese tan solo la esposa oficial. Su religión exotérica de adoración al disco del Sol se hundió con él. Grandes transformaciones se habían efectuado en el arte, que descarriló de los cánones iniciáticos, y el joven Tutankhamón fue sepultado en una tumba secundaria con varias piezas típicas del arte de Tel-El-Amarna apenas retocadas, como se ve en los mobiliarios dorados. Por otra parte, la restituida Cofradía Iniciática de Amón en Tebas lo sobrecargó de tesoros y amuletos protectores, tal cual Carter pudo mostrar al mundo, ya que su tumba, aunque empezada a saquear, había sido rápidamente repuesta por la “policía” del Valle de los Reyes. Horemheb, el general que se dice recibió un cetro de poder de las garras de un halcón dorado, fue quien restituyó las fronteras de Egipto, pacificó a sus pobladores y los enriqueció dándoles una organización nueva y pujante. Cumplida su misión, recibió honores de faraón a su muerte, y con él se cierra la XVIII dinastía, pues no tuvo hijos.

La XIX dinastía abarca a Seti I, Ramsés II y Meneptah. Seti I reconstruyó la parte superior del santuario iniciático de Abydos, que se tenía popularmente por tumba de Osiris; restauró el templo de Karnak ampliándolo, así como otras importantes obras arquitectónicas, sin olvidar realizar campañas militares de afianzamiento de fronteras en Siria. Ramsés II, que reinó sesenta y siete años y hoy se piensa que vivió cerca de cien, hizo la segunda campaña contra los hititas, ya muy poderosos, y se destacó en la gran batalla de carros de Kadesh, con sus leones amaestrados. Se le representó en Abú-Simbel y fue un gran constructor alabado en todos los templos. Su esposa principal fue Nefertari. Su continuador, Meneptah, mantuvo el orden en el Imperio y expulsó de él a varios pueblos nómadas.

La XX dinastía abarca desde Ramsés III hasta Ramsés XI. Salvo Ramsés III, gran personaje cuyas hazañas guerreras están representadas en el templo de Medinet, de los demás Ramsés se tienen muy pocos datos individuales, aunque el estudio de las criptas del Valle de los Reyes demuestra una época de esplendor que fue decayendo poco a poco, mientras los sacerdotes de los distintos templos se apresuraban a recopilar las viejas enseñanzas y a esconder las momias de los reyes en enterramientos secundarios secretos, pues el destino de Egipto tocaba a su fin.

ÉPOCA BAJA

Abarca desde el año 1085 al 332 a. C., y desde la dinastía XXI a la XXX.

Algunos autores incluyen aquí un Tercer Período Intermedio con la XXI dinastía en Tanis y otras ciudades del norte y del sur, despedazado el Imperio en otra época feudal o edad media, y seguido de una Época Libia con la XXII, XXIII y XXIV dinastías, una etíope, con la XXV dinastía, y otra saíta, con la XXVI dinastía. Egipto está deshecho, pero hay algo notable que mencionar de Nekao II (faraón de la dinastía XXVI): es el haber abierto una comunicación mediante canales entre el delta del Nilo y el Mar Rojo. Parte de su trabajo fue reaprovechado cuando en el siglo XIX se construyó el Canal de Suez.

Luego de una desastrosa guerra con Babilonia vendrá la dominación persa, la XXVII dinastía bajo la férrea tutela de Cambises, Darío y Jerjes. Muchas antiguas ceremonias, como la del buey Apis, fueron abolidas, y se destruyeron templos y bibliotecas. Los canales empezaron a cegarse. Los templos subacuáticos, como el de Abydos, dejaron de funcionar. Los Iniciados se redujeron a grupúsculos y se empezó a olvidar la correcta lectura de los jeroglíficos hieráticos. La XXVIII y XXIX dinastías, llamadas de Mendés, no pudieron controlar la desintegración.

La XXX, de los Nectanebos, aprovechó la corriente magnética que recorría la Europa mediterránea con el nacimiento del excepcional Alejandro Magno, quien se decía hijo de Amón y engendrado en tierra egipcia.

Antes de morir en Babilonia en el 323 a. C. se coronó rey de Egipto en Menfis. Pero las dinastías estaban acabadas.

ÉPOCA MACEDÓNICA

Del año 332 al 304 a. C.

Se levanta cada vez más grande la ciudad de Alejandría, y una administración griega reemplaza la ya anticuada egipcia.

ÉPOCA LÁGIDA O PTOLEMAICA

Del 304 al 30 a. C.

Egipto conoce un fugaz esplendor sobre la base de la nueva administración, de la importancia que cobra la ahora gran ciudad de Alejandría y el indudable genio de los Ptolomeos, quienes, por lo general amantes de la cultura, hicieron restaurar templos, caminos y canales. Alejandría llega a ser la ciudad más grande e importante del Mediterráneo hasta que, al chocar con Roma, su última reina, Cleopatra —luego del asesinato de su esposo Julio César y de su último intento de volver a casarse con Marco Antonio— es vencida en Actium por Octavio y se suicida, según cuenta la tradición, haciéndose picar por un áspid.

ÉPOCA ROMANA

Desde el 30 a. C. al 395.

Egipto pasa a formar parte del Imperio romano. Hay nuevas restauraciones de templos, algunas tan infortunadas como la del Coloso Norte de Memnón, que dejó de emitir su misteriosa nota musical. Ligado al destino de Roma, Egipto cae con el Imperio. Lo desintegran miles de sectas religiosas y políticas. Bandas bárbaras y buscadores de tesoros rompen y desentierran todo lo que alcanzan. Muchas preciosas pinturas son blanqueadas con cal. Las estatuas son mutiladas y derrumbadas. La misma Alejandría sufre los efectos desastrosos de la aparición de la Alta Edad Media. Sus filósofos son asesinados, como Hipatia, o perseguidos, como Marción. La famosa biblioteca, que ya había sufrido un incendio accidental en las guerras civiles romanas, conoce ahora otro mayor a manos de los cristianos.

ÉPOCA BIZANTINA

Del 395 al 641.

Continúa el saqueo y la destrucción. Los últimos Iniciados perecen en Filé. Los que no se convierten al cristianismo son lapidados o perseguidos hasta el exilio.

ÉPOCA ÁRABE

Desde el 641.

Conoce la última quema de los restos de la biblioteca de Alejandría por el califa Omar. Los convertidos al cristianismo se transforman en los actuales coptos, y la mayoría se vuelven musulmanes. La Esfinge y los templos van siendo sepultados por la arena. El ciclo de la civilización egipcia se ha cerrado totalmente.



Es obvio que no todo lo que la ciencia oficial acepta en un momento histórico tiene que ser cierto, y lo que un siglo afirma, lo niega el siguiente en muchos casos.

Esto se ha visto como “la gran virtud” de la ciencia nacida a la sombra del enciclopedismo, pues no teme contradecirse en la búsqueda de la verdad. Lo anterior es cierto solo parcialmente, pues la ciencia, o mejor dicho, los científicos sí temen contradecirse; si renuncian a algunas de sus anteriores afirmaciones lo hacen a regañadientes y solo cuando la marea de los nuevos investigadores los sepultan con datos diferentes. Por otra parte, la exposición de los conocimientos se hace de manera dogmática, lo que en principio no deja lugar a ninguna clase de revisión al ser cosas aceptadas como ciertas. Desgraciadamente, no es así, aunque los libros de divulgación y muchos sesudos tratadistas lo hagan parecer.

Refiriéndonos a la Historia, es decir, a la parte suficientemente conocida del pasado humano —según la más corriente de sus definiciones—, carecemos de datos precisos aun de acontecimientos tan cercanos a nosotros como muchos de la Segunda Guerra Mundial. Si sumamos a ello el que, como se dice, “la Historia la escriben los que ganan”, nos encontramos casi sin elementos de juicio ante los sucesos del pasado. Esto es si realmente buscamos la verdad, y no un sucedáneo de ella para llenar el vacío que ha dejado en las mentes el saber que los relatos bíblicos no pasan de ser alegorías, esotéricas o mentirosas, según la capacidad de interpretación de quien las analice. Porque entre tanta arena hay algún guijarro de oro, o sea, referencias ciertas cuando se menciona algún pueblo de la Antigüedad, descartando, desde luego, los eternos comentarios sobre las iras del Dios de Israel.

Es evidente que hace falta un espíritu ecléctico —entiéndase filosófico— y científico, en la verdadera acepción de esta última palabra, para llegar a ciertas conclusiones que, si no dan grandes luces, por lo menos disminuyen las sombras que rodean las cosas, y hacen que las podamos ver en sus dimensiones aproximadas, aunque se escapen los detalles.

Hemos visto que, para la ciencia oficial, se pasa en Egipto de un período en el que los hombres trabajaban las piedras a la manera neolítica, carecían de escritura y obviamente de toda noción arquitectónica y artística no utilitaria, rodeados de una fauna que incluía las jirafas y los elefantes representados bastamente, a la erección de monumentos cuya perfección aún estamos descubriendo, con orientaciones geodésicas superiores a las de los observatorios astronómicos del siglo XIX en... ¡novecientos años! O sea, un período de tiempo equivalente al que separa el anzuelo de hierro del anzuelo de acero, la catedral gótica de la iglesia moderna... ¡Menos de mil años!

Esto llama la atención sin recibir otro calificativo que el de “notable”.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Analicemos sucintamente la situación.

a) El Capsiense, rama del Paleolítico Superior de la zona de Egipto, presenta características paupérrimas en relación con el Auriñaciense y el Magdaleniense europeos atribuidos a la misma época. De tal forma, es ilógico que Egipto desarrollase tan formidable civilización tres mil años antes de que en Europa comenzasen a existir culturas superiores, incapaces, por otra parte, de expresarse a través de construcciones como las pirámides de Gizeh.

b) La total incompatibilidad de la cultura de Nagada con su aparente continuación lógica en el Período Arcaico, propiamente egipcio.

c) Las dinastías llamadas tinitas son, según criterio actual, posteriores a Menes; hace menos de medio siglo se decían anteriores, colocando a Menes o a Narmer en la dinastía III, y a él se le llamó *El unificador de Egipto*. Pero los actuales descubrimientos muestran una estructura de Nomos o provincias perfectamente establecidas en la dinastía I. Esto último da a Menes el papel que los clásicos le atribuían, de iniciador de las “dinastías históricas” egipcias. Mas, si ya estaban unificados y organizados en provincias y eran poseedores de triunfos políticos, como lo atestigua la paleta del mismo rey Narmer, ¿cómo podían ser, pocos años antes, salvajes eneolíticos muy inferiores a sus contemporáneos europeos continentales, quienes solo surgieron de la etapa lítica –salvo restringidas excepciones– con el comienzo del primer milenio a.C.?

Recordemos que, en su famosa *Guerra de las Galias*, Julio César afirma –con toda la inmensa autoridad que le da su inteligencia y el haber sido testigo directo– que, salvo tribus celtas, aún en el siglo I a. C. los demás pueblos de la Europa continental combatían rústicamente, vivían en cabañas, ofrecían sacrificios humanos (esto incluso entre los celtas) y carecían de ciudades y de templos que demostrasen conocimientos básicos del tallado y sujeción de la piedra, la construcción de puentes o de canales de regadío. En todo caso, los focos de civilización eran absolutamente puntuales y siempre originados por colonias establecidas desde la cuenca mediterránea. No encontró nada ni aun remotamente parecido a lo que ya existía treinta siglos antes en Egipto.

d) Muchos grandes monumentos, como la Gran Pirámide, son inefechables. En este caso concreto, la construcción, que carece totalmente de inscripciones, fue “acomodada” en tiempos de Keops por la impronta de un cartucho que dice incorrectamente su nombre (o el de Kem, antigua nominación de Egipto), en un revestimiento de yeso de una de las cámaras de descarga existentes sobre la llamada cámara del rey. Aparentemente a casi nadie, que sepamos, se le ocurrió la sencilla idea de que dicha impronta, por lo demás dudosa, bien pudo haber sido hecha en tiempos indeterminados posteriores a la construcción del monumento, siendo como es tan frecuente hallar en Egipto casos de reutilización, hasta de las diminutas estatuillas funerarias llamadas *ushabtis*. Lo mismo pasa con la Esfinge de Gizeh, con la diferencia de que esta no ofrece absolutamente nada que permita fecharla, salvo la lápida que dejó Tutmosis IV, constatando que en su época, dinastía XVIII, ya estaba completamente sepultada por la arena y solo un sueño de tipo parapsicológico hizo encontrarla y devolverla a la luz.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El error fundamental no es que la ciencia oficial dé su parecer cronológico, sino que lo dé de manera absolutista e inapelable, cuando en tan pobres elementos se apoya; a veces, prácticamente inexistentes.

e) Gran parte de los mayores monumentos de Egipto, ampliados, retocados y restaurados en diferentes épocas son, en sus estructuras maestras, imposibles de fabricar con los elementos con que se imagina que fueron construidos. Por ejemplo, la gran rampa que supuestamente se elevaba perpendicular a una de las caras de la Gran Pirámide, para sostener los enormes pesos, tendría que haber sido encuadrada en murallas de grandes piedras, con 1600 m de largo como mínimo. No se hallaron ni las más mínimas ruinas o vestigios de esas rampas que, para ser funcionales, tendrían que haber sido de una importancia mayor o igual que la pirámide que ayudaban a construir.

Platón, que en sus *Timeo* y *Critias* recoge de los sacerdotes egipcios el detallado relato de la ciudad que coronaba el último resto de la Atlántida, aportando exactísimos datos técnicos, jamás dijo una palabra sobre estas otras tecnologías, de las cuales parece natural que le hablasen en el propio Egipto, y que además no figuran en ningún relieve ni hay restos de ellas. A pesar de todo, se afirma y reafirma la manera y modo en que fue construida la Gran Pirámide. Y el templo de Karnak y el Osirión de Abydos.

Dejando de lado las fantasías sobre los extraterrestres, de los cuales no tenemos tampoco prueba alguna, la verdad es que no sabemos cómo se construyeron muchos de esos monumentos. Ni tampoco cómo lograron horadar con tanta facilidad aparente, según se va midiendo la penetración por vuelta del instrumento cortante, la durísima diorita de los *canopes*, ya que no conocían el diamante ni las aleaciones de aceros-plásticos ni cerámicos. Además... los espectrógrafos hallaron restos de cobre en las estrías de diorita, lo que equivale a darse de narices con un cuchillo de corcho que hubiese cortado con facilidad un pan hecho de cemento.

¿Es que endurecieron el cobre hasta grados inconcebibles? ¿Es que ablandaron la diorita hasta convertirla en una suerte de piedra de talco? No tenemos prueba alguna de ello, salvo los análisis espectrográficos mencionados.

Asimismo, los pesadísimos bloques están colocados uno sobre otro con enorme justeza y selladas sus ranuras con yeso rápido, lo que demuestra que los movía una fuerza enorme, cuando las más poderosas grúas de la actualidad apenas si podrían... o tal vez no, dado el número de bloques y el tiempo empleado en superponerlos.

Es tragicómico recordar la expedición japonesa que hace pocos años hizo una pirámide en miniatura, de 10 m de alto, con bloques de una tonelada, empleando las grúas de troncos de palmas que aparecen en las figuras explicativas de cómo los egipcios construían sus pirámides... Pero tuvo que abandonar el intento a la mitad, dada la gran cantidad de troncos que estallaban llenando de espinas a los esforzados técnicos.

Así, Egipto nos muestra siempre su misterio... sinónimo de su nombre.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Pero... ¿es que hay “otra historia” de Egipto y, por consiguiente, de Tebas?

No exactamente, pero sí tradiciones que pueden servir como alternativas posibles... o, por lo menos, tan imposibles como las que ofrece la ciencia oficial. Pasemos a ello.



Según las viejas tradiciones, recogidas en documentos actualmente muy fragmentados de Oriente y Occidente bajo la forma de “mitologías” o relatos a la manera de las conversaciones que con los sacerdotes egipcios tuvo Platón, los hombres poblaron la Tierra desde hace millones de años.

Estas tradiciones nos muestran una forma de “protohistoria” en la cual las culturas, las civilizaciones, son meros instantes en un larguísimo y muy variado devenir. Si ello fuese cierto, lo que sabemos o creemos saber del pasado humano sería una ínfima parte de ese mismo pasado. Según Platón, los egipcios le contaron cómo los primitivos atenienses se habían comportado admirablemente en las luchas sostenidas con las flotas piratas provenientes de la *Isla de Poseidonis*, último resto del continente atlante. Platón les contestó que nada sabían los atenienses de este hecho que, según los egipcios, había ocurrido unos noventa y cinco siglos antes, o sea, hace poco más de 11.800 años. Ante esa muestra de ignorancia, respondió el sacerdote con bondadosa y a la vez burlona respuesta: “Vosotros, los griegos, seréis siempre unos niños”.

Poco más o menos le ocurrió al crédulo Herodoto cuando le hablaron los sacerdotes egipcios de anales conservados durante 17.000 años.

Nuestro “escepticismo” ya vemos que no es nuevo... y nuestra ignorancia tampoco.

Volviendo directamente a nuestro tema, las tradiciones nos hablan de ese continente atlante que albergó una etapa anterior del ciclo de civilizaciones y de edades de piedra, equivalentes a las edades medias entre dos civilizaciones. Hace unos 850.000 años, enormes cataclismos (que algunas fuentes atribuyeron en parte a la descontrolada utilización del *Marmash* o energía atómica que partía de la conversión de la energía en materia, proceso inverso al que hoy conocemos) alteraron profundamente la faz del planeta y la inclinación de su eje en relación con el plano de la eclíptica. La *Gran Atlántida* se partió en dos subcontinentes, *Ruta* y *Daitya* para los indos. El movimiento geosinclinal hizo surgir la cordillera de los Andes, América y parte de Europa tal cual las conocemos hoy.

La Humanidad quedó destruida casi totalmente. De ese resto, muchos cayeron en un “primitivismo” bárbarico, y otros pocos habitaron los restos de las ciudades altas. Tras un largo período que no viene al caso mencionar aquí, nos encontramos, unos setecientos siglos atrás, con el último resto de la Atlántida bajo la forma de la isla de Poseidonis que describe Platón y que, al parecer, tenía colonias en otras partes del mundo. Su avanzada cultura y civilización se afianzó en África, en lo que sería ahora el Alto Egipto, cuando el Nilo, mucho más corto que ahora, desembocaba sin delta en las

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

cercanías de la actual Asyut, en el desaparecido *Mar del Sahara*, del cual sobresalía, a la manera de una isla sagrada, la que conocemos hoy como la meseta de Gizeh.

Estos atlantes se radicaron en el área de Tebas sobre dos grandes focos: uno administrativo y religioso en el mismo emplazamiento de la ciudad que luego los griegos llamarían Tebas; y el otro en el lugar de Abydos, de un tipo más iniciático, y donde se congregaron los misteriosos cultores de un santo sepulcro que luego fue llamado de Osiris.

En la meseta levantaron una gran pirámide por lo menos (según otras versiones, dos), trayendo materiales del sur y de otras islas, sobre una de las cuales está hoy construida parte de la ciudad de El Cairo. Esta pirámide jamás fue una tumba, sino un complejo sintético de conocimientos expresados mediante las medidas y sus relaciones.

Con el correr de los milenios construyeron, aprovechando en parte un montículo sagrado natural, otra gran obra: la gran Esfinge, que entonces tenía alas y un disco de oro pulido sobre la frente para reflejar los primeros rayos del Sol entre sus patas, luego mil veces reconstruidas, y que entonces asomaban sus garras sobre el pequeño acantilado marino. Representaron en dicho monumento los cuatro elementos bajo la forma de toro, león, águila y hombre. Desde este monumento partían numerosos laberintos subterráneos. Toda la meseta estaba excavada con pasadizos y criptas, y se dice que uno de estos pasadizos llegaba hasta lo que hoy es el Mar Rojo, entonces fértil valle que luego fue dedicado a la advocación de la Madre del Mundo, conocida en época propiamente egipcia como Hathor o *Casa de Horus*, el Espacio cóncavo que todo lo contiene, con sus dos principios: Nur es el Espacio, y Nut, el Cielo Estrellado o manifestado.

El rostro de la Esfinge, tantas veces reformado, representó al principio a uno de los grandes reyes-magos de Atlantis.

Nuevas convulsiones y cataclismos levantaron el lecho del Mar del Sahara (que así llamamos para ubicar al lector) y sumergieron importantes tierras en el norte de Europa. La desintegración progresiva de Atlantis y las transformaciones en el continente norteamericano fueron separando cada vez más las otrora unidas partes y hundieron numerosas islas. El río Nilo se perdía en malsanas marismas y, por milenios, la meseta de Gizeh fue abandonada. Pero la poderosa corriente de agua fue construyendo con su propio lodo un cauce a través de las marismas que, ya secas, se habían convertido en desierto, y llevó prosperidad a sus costas. Por eso, desde remotos tiempos, lo llamaron *Hapi, Felicidad o El que porta felicidad*.

Hace unos 12.000 años o poco menos, la última fracción del continente atlante desapareció en medio de un cataclismo, no sin antes haber transferido gran parte de sus bibliotecas y algunos objetos a la colonia africana: Egipto.

Una corriente migratoria de la también conmocionada región sudasiática llegó a Egipto, llamado entonces *País de Kem* (el oscuro, el quemado), revitalizando la ciudad ya grande de On, luego llamada Was y, finalmente, Tebas. Asimismo, florecieron sus

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

alrededores y muchas ciudades a lo largo del Nilo. La cobra asiática entra en África y será el símbolo de la nueva unificación, el *Ureus* o *Urás*.

El culto al Sol (Ra) y a la luz espiritual (Amón) se extendió por la ya independiente ex colonia atlante, y se construyeron una o dos pirámides más, santuarios y templos. Los caminos sagrados enlazaron los primitivos santuarios, que se fueron convirtiendo en complejos teológicos, como el que luego existiría en Tebas, de unos once kilómetros de largo, y que enlazaba el hoy llamado Templo de Luxor con el hoy llamado Templo de Karnak y los dedicados a Sekhmet. Se completó la parte subterránea del Santo Sepulcro de Osiris con sus *Osiriones* cavados profundamente en la roca y en galerías donde se mostraban los *99 nombres de Dios*, tradición que recogería en épocas recientes la religión islámica, así como el *Ojo de Alá*, que no es otra cosa que el viejo *Ojo de Horus*, eficaz contra los encantamientos.

Una larga serie de “dinastías míticas” se habrían sucedido, como la del rey Oxirrinco, la del rey Escorpión, etc. De modo que en el momento del hundimiento de la isla de Poseidonis, que es de la que habla en concreto Platón, ya el País de Kem estaba altamente organizado y preparado para recoger el *fuego civilizatorio*.

Luego de la dinastía mítica del rey Horus, entre el IX y VII milenio a. C., habiéndose levantado el fondo del Mediterráneo oriental en varios trozos y cuando las aguas convirtieron el fértil valle en el Mar Rojo, aparece la dinastía de Menes o Narmer, la que va a dar forma “moderna” al Imperio egipcio.

Mientras tanto, existían tribus en el entorno con diferentes estadios de cultura, y entre esos focos podemos hallar a los que hoy se supone dieron origen a Egipto. Esas tribus, o se fueron asimilando al Imperio, o desaparecieron, o emigraron hacia el África Central, en donde algunas permanecen en el mismo estado o en involución.

Sobre un viejo santuario dedicado al Pájaro Sagrado, se edificó la ciudad de Menfis, pero hay que poner atención en que la representación de Menes o Narmer, en la famosa paleta, lleva la Corona Blanca del Alto Egipto, pues desde Tebas surgió la nueva unificación, aunque *la Ciudad del Muro Blanco*, Menfis, pasase a ocupar un lugar preponderante en los siguientes milenios uniendo a la blanca su Corona Roja.

Hemos tratado de extraer de las referencias astronómicas y astrológicas lo relacionado estrictamente con lo que podríamos llamar “Historia”, si suficientes pruebas hubiese de que todo ello es cierto. Luego siguen las comúnmente conocidas como “dinastías históricas”, a las que ya nos hemos referido, aunque en honor a la verdad, aun en ellas existe mucho de mítico o simbólico; especialmente en lo que se ha dado en llamar Período Arcaico, en el que uno de los faraones lleva el misterioso nombre de *Ka* o *El doble* (hoy diríamos *Astral*), y el Período del Imperio Antiguo (dinastía III), en que otro se llama *Kabah*, de parecido aunque no igual significado.

El llamado *Padre de la Historia*, Herodoto, que más bien fue el primer “periodista” conocido, aportó datos reales como el de la existencia de los pigmeos, y

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

también fantasías como la de los hombres con un ojo en medio del pecho. De sus referencias sobre Egipto, a veces francamente graciosas, los actuales especialistas han tomado, desgraciadamente, como dogmas de fe sus aseveraciones.

Hemos dado este panorama escueto de lo que la tradición cuenta sobre el origen de Egipto y de Tebas, su corazón unificador en los primeros tiempos, para balancear la versión anteriormente aportada, extraída del común denominador de los historiadores actuales.

Ahora el lector tiene las dos versiones.

Ambas no pueden ser verdad, pues se contradicen en muchos puntos. Ambas pueden ser mentira, aunque hay elementos comunes que hacen sospechar lo contrario. Lo más probable es que en las dos haya algo de verdad y algo de fantasía... como en todas las cosas de la vida. Elija cada cual lo que su cultura, su imaginación y su intuición le dicten.

Decían los sabios de la Antigüedad que nada es totalmente cierto ni totalmente incierto, y que eso hace andar *la Rueda de los Mundos*.



Según Platón, el Imperio de Atlantis tenía, además de su capital, colonias que él menciona en número de nueve. Su emperador recibía el nombre genérico de Atlas y, con sus reyes asociados, constituían entre todos un Imperio regido por las leyes de Poseidón, si bien guardaban cierta independencia. Cada cinco, seis o siete años se reunían ellos o sus representantes para coordinar el conjunto. Hemos visto cómo una parte de ese todo fue el primitivo Egipto, nucleado por la teocracia de Tebas.

Cuando el Imperio atlante se destruyó, lo que hoy llamamos Egipto guardó ese estilo de pluralidad fuertemente penetrada por un sentido de *unidad trascendente*.

El hombre actual, con su visión dialéctica del universo y de sí mismo, tiene dificultad para concebir esa pluralidad-unidad, pues percibe estos conceptos como opuestos. Por este último camino no llegaríamos jamás a entender el fenómeno egipcio, ni en lo material ni en lo espiritual, con todos sus matices intermedios.

Pero la concepción egipcia no era tampoco caótica. Se basaba en relaciones armónicas entre las partes y en una *armonía* que las justificaba y que estaba antes, ahora y después de toda diferenciación.

Su mundo no era estereotipado, sino perfectamente balanceado, en un equilibrio dinámico y a la vez inmutable, por lo menos dentro de un gran ciclo de espacio-tiempo.

El ejemplo más básico de ello es la misma situación de Tebas. *La ciudad* –que así la llamaban, como luego se hizo con Atenas, Alejandría, Roma o Constantinopla– era la imagen, a la vez, de lo pequeño e íntimo, de los límites que necesita sentir el ser humano para no caer en la angustia de una difusión en el cosmos, y de la grandeza y universalidad que a todo alcanza, con el presentimiento seguro de un más allá que está muy por encima de la muerte y de la vida, de todo lo que podamos razonar los humanos.

Tebas estaba colocada a horcajadas del Nilo, se extendía sobre sus dos orillas, haciendo de una la mansión de los vivos y de la otra el lugar de los muertos.

A su vez, el Nilo la recorría casi exactamente de sur a norte, y el sol pasaba por encima de ella, con el crucero de su disco luminoso, de este a oeste. En el lugar desde donde se veía amanecer, se oía el tumulto de una megalópolis con sus distintas expresiones, que iban desde la madre que mecía una cuna nueva, hecha recientemente para su vástago, hasta los mercados y las plazas siempre llenas del ajetreado andar de los viandantes y los funcionarios. En el complejo arquitectónico religioso, alejado y a la vez enclavado en esa sociedad humana de gentes jóvenes –ya que solían morir poco después de los treinta años de edad–, otros hombres y mujeres, también jóvenes en su mayoría, trabajaban para lo invisible y para lo visible en el más grandioso marco de enormes edificios polícromos que sepamos se haya levantado jamás.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El aspecto “funerario” que hoy presentan las ruinas de esos templos y construcciones cuando son observadas rápidamente por un turismo que juzga suficientes tres o cuatro días para visitarlos, no existía. Hoy vemos los huesos de lo que fue un bello cuerpo, lleno de vida, donde el arte y las ciencias habían llegado a cimas tan altas que los estudiosos se asombrarán de ellas cuando por fin las interpreten, pues aunque ahora las tienen a la vista, no las ven.

Al faraón no se le llamaba por su nombre, sino por ese apelativo que podemos traducir aproximadamente como *El habitante de la Gran Casa*, así como Horus, el dios-halcón, es el habitante de la Gran Casa cósmica de Hathor.

Pero esa Gran Casa no era ni con mucho la que hoy podríamos concebir de un emperador sacralizado, y que se creía y se sentía –y tal vez era– descendiente sanguíneo, o mejor espiritual, de los dioses que habitaron la Tierra en los tiempos primeros. Se trataba tan solo de una mansión confortable, de amplias salas y grandes jardines y estanques. Toldos multicolores velaban aun a los pájaros su misteriosa y a la vez feliz intimidad.

Asistido como un dios por una cofradía especial sacerdotal que lo vestía ritualmente a medida que el sol se alzaba en el horizonte, y así le facilitaba reproducir todos los fenómenos naturales y astronómicos, era señor de vida y muerte sobre todos. Pero, a la vez, él mismo era el más esclavo de sus súbditos en la sujeción a un ritual que a fuer de milenario se había vuelto natural y que se realizaba gozosamente.

Es curioso examinar el estupor que hoy sienten los que se adentran en lo poco que podemos saber sobre el Antiguo Egipto y topan con los muy estrictos rituales. Los ven como una mecanización artificial de la vida, como una forma de tortura absurda... Y, seguidamente, mastican sus alimentos, cierran los ojos al dormir, hacen el amor o lloran y ríen exactamente igual que sus antecesores de hace millones de años, siguiendo un ceremonial ancestral inamovible. ¿Por qué todo ha de cambiar? Esta hipótesis, nacida en los siglos XVIII-XIX, es absurda. Cuando se ha llegado a la perfección posible, todo cambio es decadencia e ineficacia.

El llamado *Harén de Amón* no tenía nada que ver con el actual concepto, mezcla de poligamia islámica y de burdel europeo. La poligamia, aceptada por muchos pueblos del mundo, se debe a que, en aquellos fundamentalmente guerreros, la proporción de varones se hace escasa con relación a las mujeres, y si no se tuviese por legal y hasta obligado el que cada uno tomase varias esposas y concubinas, estas estarían condenadas a quedar sin la básica protección del núcleo familiar. Por otra parte, la prostitución en Occidente se da por razones económico-sociales, ante la destrucción de la familia, el desempleo o el trabajo mal remunerado. El caso de una prostituta contenta con su profesión es excepcional.

El *Harén de Amón* estaba formado por princesas de sangre real y por la reina oficial. La vida que llevaban era más parecida a la de las sacerdotisas que a otra cosa. En sus misteriosas meditaciones debían compenetrarse con el Espíritu de la Madre del

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Mundo, para que *El-que-mueve-los-abanicos* –el viento espiritual de Amón– pudiese, en una unión sagrada, en la que se dice que hasta los cetros y los muebles rituales adquirirían vida, efectuar la fecundación de la reina o de sus princesas por parte del faraón. Esto aseguraba la perpetuación física de la herencia del Reino por una vía genética que, en aquellos tiempos, era vehículo de toda continuidad legal y fáctica del poder.

Lógicamente, se habían considerado alternativas para los muy raros casos de infertilidad. En los goznes históricos o revoluciones que sacudieron Egipto en sus muchos miles de años de permanencia, se aplicaba por analogía el mito de Horus –que reemplazó a su adre muerto para engendrar con su Madre el mundo manifestado y dar a la vida una imagen de sí mismo que amparase a los humanos– y se procedía a la renovación de la dinastía o a su reemplazo por otra.

Pero el encuentro que daría a luz al heredero tenía un solo momento en el año para efectuarse, aprovechando las mejores condiciones astrológicas y habiendo los sacerdotes evocado al alma que debería reencarnar como el que luego sería faraón, señor del Alto y del Bajo Egipto, llamado por el primer apelativo de *Hijo-del-Sol*. En caso de necesidad se recurría a otros momentos, pero jamás fuera de las normas rituales milenarias, que demostraron, las pocas veces que fueron quebrantadas, mantener su eficacia.

La Gran Casa del faraón era casi toda de madera, y esta madera estaba seleccionada y bendita. Algunas pertenecían al Imperio y otras venían de sus confines más remotos, como los cedros del Líbano. O las piedras, como el asperón rojo de Siria. Puertas, techos, paredes, estanques, mobiliario, todo, absolutamente todo tenía un nombre ritual, y el habitante de la Gran Casa y sus asistentes debían conocer el nombre secreto de todo aquello que manipulaban.

El faraón debía pasar buena parte del año recorriendo su Imperio y, a veces, con atuendos de guerra, rodeado de leones y buitres amaestrados, hacer la guerra al frente de sus ejércitos. Asimismo, rodeado de sus babuinos domésticos, recoger la mandrágora, símbolo de cierta magia curativa, o con sus grandes gatos adiestrados (hoy esa raza de gatos ha desaparecido, siendo los más parecidos los de Siam) cazar la oca, símbolo de la materia y de los enemigos vencidos. Su guardia, como la de los grandes templos dedicados a Amón, no solo la hacían hombres, sino leones durante el día y panteras negras durante la noche.

De todas las festividades sagradas a las que el faraón debía asistir, la que mejor podemos entender en estos tiempos de euforia de lo social es aquella en la cual le presentaban enormes panes redondos con improntas de cruces ansatas o llaves de la vida. Durante unas veinticuatro horas, el faraón partía los panes y los funcionarios los reducían luego a mendrugos... tantos como, según el último censo que le habían presentado sus sacerdotes especializados, tenía de habitantes el Imperio. Luego, por barcas y caminos, se derramaban esos pedacitos de pan que habían tocado las manos del faraón a todos sus súbditos. Hasta el más alejado tenía el derecho a uno, y el que alguien se que-

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

dase sin su pedazo de pan sacralizado podía costar la vida aun a los más altos funcionarios de la Administración.

Esta festividad se hacía, como todas las demás, una vez al año. Y, como la unión sagrada que antes mencionamos, se efectuaba en un templo.

Por el lógico secreto que los rodeaba, es muy poco lo que puede decirse acerca de los verdaderos regentes de Egipto, los sacerdotes. No nos referimos a los humildes sacerdotes que cada población tenía, y que asistían a enfermos y moribundos, a los nacimientos y entierros, y sabían desde medicina básica hasta los fundamentos de los ciclos de las cosechas y de la construcción de las barcas y de los talismanes domésticos, sino a los de la cumbre de la pirámide teocrática.

Es útil aclarar que, gracias al alto nivel de religiosidad del pueblo egipcio, a su descontaminación de extranjeros y aun a ciertos anticonceptivos mecánicos y químicos, la población del Imperio se mantuvo más o menos estable durante miles de años. Podemos calcularla en unos doce millones de almas. Se efectuaban rigurosos censos cada cinco o siete años, según las épocas.

Mientras Tebas fue la capital, de ella salían todos los años barcas con los pendones de Amón, que recorrían todo el Nilo conocido y colonizado, portando a un sacerdote de alta graduación. Al pasar por cada poblado, si los augurios lo aconsejaban, atracaba la barca dorada y descendía el sacerdote o un alto asistente del mismo, y elegía entre los niños nacidos ese año a uno, por lo menos, al que se llevaban a la barca para que, a su regreso a Tebas, pudiese ingresar en los primeros peldaños de la escuela sacerdotal. El pueblo así honrado entraba en fiesta y la familia del elegido cobraba una gran importancia social.

Los elegidos comenzaban en Tebas una larga “carrera de selección” según las aptitudes educidas. La mayoría entraba al servicio de los templos o de los palacios de los nobles y del faraón. Los demás, según sus inclinaciones naturales, eran enviados a un centro iniciático donde se especializaban como médicos, escribas, guardianes de los archivos, militares, etc. Los más capacitados eran promovidos a la propia Escuela de Amón. Muy pocos llegaban a ser sacerdotes o sacerdotisas del dios, asumiendo los puestos libres en la cúspide de la pirámide teocrática, que como Consejo del Imperio y Colegio de Magos mantenían la unión sagrada entre el Egipto terrestre y el celeste.

Por lo que sabemos, la carrera del discipulado era férrea, el sacrificio de la vida material a la espiritual, total. A cambio de ello, en determinado momento, se les grababa a fuego en el hombro izquierdo (no confundir con los tatuajes rituales que aparecen en la piel de las momias) por delante y por detrás, con unas tenazas rituales, el símbolo de la serpiente Ureus, que los volvía inmunes a todo ataque y les garantizaba plena seguridad dentro del Imperio, fuesen cuales fuesen las condiciones en que se encontrasen. Ese trocito de piel se les retiraba cuando morían, para guardarlo cuidadosamente en unos archivos especiales que hacían las veces de “baterías” que cargaban mágicamente las criptas secretas de los templos.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

La vida en Tebas, *La ciudad*, era rica y exultante y, sin embargo, apacible. Es muy difícil concebir, para una persona del siglo XX, cómo se vivía allí, pues las alienaciones propias de nuestra época impiden, a manera de un tupido velo, entender una forma de vida tan diferente. Quizás lo más notable que podemos destacar es la falta de resentimiento entre los ciudadanos, ya que, a pesar de su crecido número (Tebas pudo haber tenido más de 90.000 habitantes), no dejaban todos de constituir una gran familia, con la especial psicología de ese núcleo social perdurable que es la familia. Eso no quiere decir que no hubiese problemas; gente mala y gente buena la hubo en todas las épocas y no hay sistema que pueda refrenar las naturalezas perversas ni corromper las bondadosas; pero una disciplina, práctica y natural a la vez y sumamente expeditiva, mantenía un orden armónico que hacía que los robos, asesinatos y atentados fuesen verdaderas excepciones que confirmaban la regla de la buena convivencia.

Lejos de los clichés que nos presentan nuestros libros de Historia, el tebano era persona alegre y poco conflictiva. Muy hábil y eficiente en todo lo que hacía, la alegría lo acompañaba, y si no, la tristeza o la desesperación, pero muy francamente expresadas. El afectado intelectual, el crítico de todo lo que los demás piensan y hacen, hubiese sido visto como un fenómeno atípico y hasta gracioso.

Para esos antiguos habitantes de *La ciudad*, la vida y la muerte, tal como ahora se conciben, no existían, y el dolor que experimentaban ante la defunción de sus seres amados era semejante al que hoy podríamos sentir ante la partida sin retorno de un ser querido que emprendiese un largo viaje. La fe en que Dios y los dioses habían hecho el mundo de la mejor manera posible los rescataba de toda angustia existencial, aunque ello no disminuía la sensibilidad, el cariño y la nostalgia, siempre penetrados por la seguridad ultrínima en un destino amparado por un orden universal, justo y bueno.

En Egipto no había esclavos; cuanto más, prisioneros de guerra condenados a trabajos fuera de las ciudades y frecuentemente repatriados. Los que trabajaban en la erección de un obelisco lo hacían como el cristiano lo hizo en la plasmación de una catedral o el musulmán en la de una mezquita.

Una crítica actual que suele hacerse a los antiguos egipcios es la de que estaban aferrados a la carne mortal, pues efectuaban un complejo rito de momificación para preservar sus cuerpos.

Quien conoce el clima de Egipto sabe que tales operaciones funerarias no estaban dirigidas a mantener entero el cadáver, pues con haberlos enterrado simplemente en la reseca orilla occidental, estos se hubiesen mantenido –tal cual ha constatado la moderna arqueología– en mejores condiciones que tras el proceso de momificación. Por otra parte, este proceso psicopópico estaba reservado únicamente a los faraones, los nobles, los sacerdotes y a quienes se hubiesen destacado en su servicio a la comunidad. Solo en los tiempos de la decadencia, con el advenimiento de la plutocracia, que corrompió finalmente la primitiva teocracia, las operaciones funerarias se pusieron al alcance de cualquiera que pudiera pagarlas, al margen de su condición espiritual. Pero eso fue uno de los tantos subproductos de la infiltración extranjera y de la pérdida de las

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

viejas costumbres. Así como Egipto tardó en nacer, también tardó en morir, y el país de la magia por excelencia terminó siendo, en épocas romanas, el principal granero de trigo para Europa. Al desintegrarse ese inmenso Estado teocrático, sus monumentos ya en ruinas y su conocimiento de la Naturaleza y del alma asombraron al mundo y fueron estimulantes para nuevas aventuras espirituales, desde la griega hasta el islam. Pero los grandes Misterios retornaron a la Fuente de Gracia de donde habían venido, a la espera de tiempos más propicios.

Ya hemos mencionado que, a medida que el Nuevo Imperio perdía su *impulso*, tras los Ramésidas, los siglos fueron empleados por los últimos sacerdotes magos en guardar y esconder desde sus conocimientos hasta los objetos rituales, salvo aquellos que por sus grandes tamaños tuvieron que ser abandonados a su suerte, luego de haberlos desactivado casi todos. Y los que no fueron desactivados esperan, como el mítico Gran Durmiente, resguardados de la curiosidad de los ajenos a las *cosas misteriosas* (aunque algunos estén físicamente a la vista de millones de visitantes), el momento de la *resurrección cíclica inexorable* de los tiempos sagrados.

Hemos descrito algo sobre la Tebas de los vivos y ahora lo haremos sobre esa otra Tebas, la de los muertos, que floreció en la orilla occidental, la del sol poniente, Maamón, en el período “histórico” de Tebas. No era su antítesis, sino su complemento (o viceversa) del otro lado del Río de la Vida Visible: *Hapi, Felicidad, el Azul, el Río-que-baja-del-Cielo*, la corriente de Aliento Divino cargada de dádivas, que une los alejados pueblos y refleja en la Tierra otro río de estrellas que corre en el Cielo y que el sol debe cruzar, como los dioses, como el hombre.

En el oeste, a unos ocho kilómetros del río, tras los cerros de Deir-El-Bahari, está el llamado Valle de los Reyes, cabecera de un largo desfiladero o depresión que los nativos actuales definen como Wadi-Biban-El-Moluk, o sea, el Valle de las Puertas de los Reyes. Este valle tiene dos entradas, la del este y la del oeste, y es hoy un desierto, aunque su estado no fue igual en la Antigüedad, cuando el Mar Rojo era un fértil valle. Entonces este y otros valles semejantes que están junto a él eran fértiles, y cazadores prehistóricos dejaron en sus rocas dibujos que los representan persiguiendo elefantes y avestruces. Más allá de este valle se alzan los grandes cerros de la Montaña Occidental y el Gurn, pico que constituye el punto más alto. Si cruzamos estos plegamientos geológicos, hoy tan alterados por las erosiones y la obra del hombre, nos encontramos con el desierto inmenso, el antiguo lecho del mar prehistórico.

En las cercanías del Valle de los Reyes, están asimismo los llamados Valle de las Reinas y Valle de los Nobles.

Toda la zona forma como anfiteatros naturales donde el despiadado sol se refleja y hace subir la temperatura, convirtiéndola en uno de los lugares más cálidos del planeta. Cuesta creer que hace una decena de miles de años, y aun menos, saltaban las cascadas de agua entre los bosques, la temperatura era agradable y se albergaban infinidad de seres vivos.

TEBAS JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El nombre árabe que se refiere a las *Puertas de los Reyes* nos sugiere lo que los más inteligentes historiadores están comprobando: que el actual ambiente de desolación, acentuado por las sucesivas excavaciones que ofrecen, en ciertos lugares, el aspecto de haber sido fuertemente bombardeados con morteros, no se corresponde al que el valle habría tenido en la dinastía XVIII o XX. Varios indicios, que ya percibió el titánico excavador Belzoni en los principios del siglo XIX, señalan que las tumbas excavadas en la roca, cuyas bocas están hoy desnudas, habrían tenido decorados fastuosos y puertas de livianas hojas de madera abiertas durante el día, como pasa con nuestros actuales cementerios. O bien, en otras épocas del año, permanecían cerradas por motivos rituales.

En síntesis, en la otra Tebas, la de los muertos, las cofradías bajo el pendón del chacal echado, que aún se ve en los sellos como representación del muy esotérico dios Anubis, vivían en determinados lugares de esa Ciudad de los Muertos y regían a los guardias armados y a los animales amaestrados que cuidaban los tesoros de los siempre rapaces bandidos del desierto.

Es posible que, como lo hicieron otros viejos pueblos, los egipcios se reuniesen periódicamente allí para llevar ofrendas a sus familiares y a los faraones, nobles y sacerdotes cuyos cuerpos reposaban en el fondo inaccesible de esos templos subterráneos, “rampas de lanzamiento” de las almas benéficas, cuyas reliquias habían sido sacralizadas de la misma manera que milenios más tarde otras religiones lo harían con sus “santos”, a los cuales se atribuyeron también prodigios y “milagros”.

Una unicidad trascendente enlazó de esta manera las dos Tebas en una armonía complementaria.

Algunos templos funerarios se levantaron asimismo en la ribera occidental, como lo demuestran las colosales ruinas del Ramesseum y el de Hatshepsut. También están allí los enigmáticos *Colosos de Memnón*, dedicados al sol del amanecer. El nacimiento, esplendor y declinación del sol recibían los nombres de Memnón, Amón y Maamón, y la muerte es nacimiento y amanecer en la otra orilla de la Vida.

Según los arqueólogos actuales, estas figuras de gigantes sentados en sus tronos rituales precedían al templo funerario de Amenofis III, del cual habrían quedado tan solo ellos como testimonio. La tradición esotérica quiere que sean mucho más antiguos que cualquier edificación dedicada a un faraón “histórico”, y hayan estado ofrendados al sol naciente, tal como la no siempre torpe ingenuidad popular los sigue llamando.

Su altura actual es de unos dieciocho metros, aunque es probable que con sus coronas y atuendos hayan alcanzado algunos metros más. Fueron restaurados y regrabados infinidad de veces. Muy famosos en la Antigüedad clásica, hubo músicos de Grecia que peregrinaban hasta allí para lograr captar los siete sonidos primordiales que, al amanecer, uno de ellos emitía claramente. En época romana se hablaba de una nota en concreto, correspondiente al *fa* de nuestra escala de *do*. Las restauraciones del emperador Septimio Severo, en el año 199, enmudecieron para siempre al coloso que emitía ese sonido, situado al norte. Uno de los tantos exploradores del siglo XIX ase-

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

guró en una tertulia científica de Londres que él había oído de nuevo esa nota musical, pero no hay pruebas de ello, ni tampoco lo han probado los exhaustivos experimentos hechos en el siglo XX, sin ningún resultado positivo. La ciencia oficial explica el fenómeno (ya sabemos que la alienación actual consiste en explicarlo todo, se sepa o no la verdad) atribuyéndolo a la expansión de alguna roca al calentarse ante el primer rayo de sol, tras los fríos de la noche en el desierto. No podríamos aseverar esto, pues la masa imponente del coloso en cuestión hace que el sol no pueda, ni aun sobre una piedra superficial, producir un cambio de temperatura apreciable en los frescos amaneceres. Creemos que el enigma sigue en pie, como los dos colosales monumentos, aunque, como ellos, dañado por la violenta ignorancia y la vanidad de los hombres.

No será sin gran esfuerzo como logremos imaginar cómo era esa Tebas de los muertos hace 3000 o más años, pues al destruirse la casi totalidad de la Tebas de los vivos, con sus jardines y estanques, el clima ha variado. También los saqueos, voladuras de pólvora y excavaciones antiguas y modernas, unidos a los aluviones naturales y al trazado de los caminos turísticos, han cambiado el aspecto de la Tebas occidental de manera radical y exhaustiva. Los dibujos efectuados en el siglo XVIII, en el XIX, y aun las fotografías de los comienzos del XX, nos muestran los grandes cambios últimos. ¿Cuáles habrían sido los anteriores? Su dimensión se nos escapa y cada cual puede dejar volar su fantasía como quiera.

Tal vez por la tentación debida a la leyenda de los enormes tesoros allí sepultados, tenemos comparativamente más datos históricos de la Tebas occidental que de la oriental. Su atractivo mágico ha atrapado a millones de personas desde las épocas clásicas hasta nuestros días. En Menfis existió otro Valle de los Reyes, pero como la Ciudad del Muro Blanco estaba construida en su mayor parte con ladrillos y la abundancia de piedra era menor, muy poco ha llegado hasta nuestros días. Cabe pensar que en la época clásica ya estaba todo sepultado por las nuevas construcciones, puesto que Menfis estuvo habitada hasta el final del Imperio romano y, en cierta forma, jamás dejó de estarlo. En cambio, Tebas fue abandonada, y el pueblo de Luxor, de origen árabe, se asentó tardíamente, cuando muchas construcciones de la ribera oriental ya estaban protegidas por la arena, como lo demuestran la mezquita construida sobre el techo del Templo de Luxor y las marcas que dejaron a gran altura los cuchillos árabes al ser afilados contra las rocas de las murallas de los templos de casi todo el Alto Egipto.

A pesar de que muchas tumbas pudieron haber estado abiertas en época de griegos y romanos, estos se limitaron a dejar algún grafiti superficial sobre los estucos y las pinturas originales. Recientemente se han hallado grafitis en escritura demótica, lo que significaría que, a pesar de los cuidados de los sacerdotes de finales del Nuevo Imperio en sellar y disimular la mayoría de las tumbas, algunas permanecieron abiertas a la devoción popular hasta las últimas épocas, desde la XXV a la XXX dinastía.

Diodoro Sículo, en el siglo I a. C., en su *Historia general*, incluye este relato que dice escuchó en Tebas: “Los sacerdotes me dijeron que en sus registros encuentran cuarenta y siete tumbas de reyes, pero en los tiempos de Ptolomeo, hijo de Lagos, dicen

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

que ya solo quedaban diecisiete, muchas de las cuales ya habían sido destruidas cuando nosotros visitamos esas regiones”.

Estrabón, en época del emperador Augusto, unos setenta años más tarde, visitó el Valle de los Muertos con su amigo, el gobernador de Egipto, Elio Galo. Nos dice: “Más arriba del Memnonio (¿el Rameseum o los Colosos?), en cuevas, están las tumbas de los reyes, excavadas en la roca. Son unas cuarenta en número, están maravillosamente construidas, y constituyen un espectáculo digno de verse”.

Los griegos ya habían dado a los pasillos funerarios el nombre de *siringas*, pues les recordaban el instrumento musical. Y también creían que en el valle o en sus cercanías estaba la tumba de Memnón, tal vez relacionada con los colosos. Historiadores actuales creen que se referían a la gran tumba de Ramsés VI, pero de ello no tenemos evidencia.

Se conservan más de dos mil inscripciones breves de turistas de las épocas romana y bizantina. Hay poemas y frases laudatorias de todo tipo. Las últimas corresponden al siglo VI. Todas las inscripciones registradas están en las grandes tumbas de las dinastías XIX y XX, por lo que se deduce que estaban abiertas y eran de fácil acceso. Es probable que todavía existan muchos miles de inscripciones que no observamos, bien porque se nos escapan a la vista o porque están aún sepultadas. Es curioso comprobar que los actuales turistas que observan los muros de esas tumbas jamás reparan en ellas. Asimismo, es extraño que las convulsiones religiosas que siguieron a la caída del Imperio romano y la aparición de miles de sectas cristianas, algunas de las cuales habían caído en verdadera locura (como aquella de Afú *el Búfalo*, que andaba en cuatro pies entre los animales, o María *la Egipciaca*, que murió recluida en una mastaba o tumba egipcia luego de blanquearla y rodear su habitáculo con sus propios detritos, o Simeón *el Estilita*, que hacía que sus seguidores le subieran sus propios gusanos hasta el alto capitel que habitaba para estar más cerca de Dios, y tantas otras que se dedicaban “como acto piadoso” a recorrer las riberas del Nilo con escoplos y martillos para mutilar todo lo “pagano”), no hayan influido casi en las tumbas del valle. Se sabe de comunidades cristianas que vivieron en dichas tumbas, mostrando ingenuamente a sus visitantes las soberbias pinturas como representaciones del infierno hechas por el Diablo en persona, pero no las dañaron y se limitaron a escribir en ellas plegarias piadosas y tiernas de manera rápida y espontánea.

Estas comunidades o comunidad cristiana primitiva ha dejado rastros de su existencia en lo que hoy son restos de pequeñas iglesias junto a las tumbas de Ramsés III y de Ramsés IV, reutilizando material antiguo. Asimismo hay restos de cerámica de cocina con oraciones grabadas, y un detalle que aún no ha sido estudiado: cáscaras del fruto de la planta *balinites*, que es un alucinógeno. ¿Recurrían estos sencillos creyentes en Cristo a la droga para lograr estados de autohipnosis que les permitiesen obtener visiones o alucinaciones propicias a su fe? No lo sabemos, pero la ola de “locura religiosa” que se extendió por Egipto con el advenimiento de los primeros cristianos podría dar cabida a insospechadas manifestaciones y excesos, mezclados con una gran inge-

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

nuidad e infantil ternura. La expedición de John Romer, excelente arqueólogo y escritor de fina sensibilidad, encontró que la tumba de Ramsés XI había sido convertida en establo y también en dormitorio y cocina; el pozo ritual se usó como basurero y apareció una moneda bizantina, así como restos de comida que señalan que estos pacíficos invasores no observaban ningún régimen ritual, alimentándose con carnes rojas, pescado, verduras y granos, así como pan de centeno.

Todo Egipto había pasado a depender del Imperio romano de Oriente, pero Bizancio era aún débil y estaba muy lejos. Así, cuando la invasión árabe del año 639, a pesar de que las fuerzas del naciente islam eran numéricamente escasas y poco organizadas, no encontraron más resistencia que las distancias, pues “el renombrado general y cónsul, el más magnífico patricio del Imperio, Teodosio”, en ese momento gobernador de Egipto, recaudó los impuestos y escapó con una pequeña flota desde Alejandría, ciudad que sería abandonada definitivamente en el año 642. El general árabe Amr Ibn-Al-As escribiría luego al califa Omar, que estaba en La Meca, que había tomado la inmensa ciudad sin resistencia y que anexaba todo Egipto a su Imperio.

En un siglo, las comunidades cristianas desaparecieron, se convirtieron o emigraron a lugares más lejanos. Los naturales de Egipto estaban moral y físicamente aniquilados desde hacía siglos y así entraron los nuevos amos en la doble Tebas, quedando el Valle de los Reyes abandonado a las fuerzas de la Naturaleza. La Ciudad pasó a ser cantera de mezquitas y, privada de todo cuidado, fue desapareciendo bajo las arenas.

Tal vez no se ha explicado suficientemente que en el Egipto antiguo las únicas construcciones imponentes y de sólida factura eran los templos y pirámides. Como vimos, aun los palacios, sin excluir el del faraón, eran de materiales preciosos, pero ligeros y fácilmente destructibles; y en cuanto a las casas y chozas del pueblo, eran de ladrillos crudos o, simplemente, de barro y cañas. Se sabe que en las crecidas anuales del Nilo muchas casas eran abatidas y, con gran regocijo, sus habitantes levantaban otras nuevas en medio de una festividad que renovaba el ciclo de la vida, siempre igual y, sin embargo, siempre distinta. Las fuerzas del espíritu y de la Naturaleza se habían combinado para hacer del Egipto antiguo un Imperio único, como no sabemos que haya existido otro sobre la Tierra; aunque sospechamos que los mayas, en la otra vertiente de la expansión atlante, tenían parecidas características a juzgar por lo que de ellos nos ha quedado: tan solo templos y pirámides.

Así, los cambios que es necesario que mencionemos para entender este fenómeno singular de la civilización del Antiguo Egipto, promovieron en su pueblo una resignación alegre y vital ante todo giro del péndulo de la Historia.

Tribus de beduinos y otros nómadas del desierto se acercaron a las fértiles tierras del Nilo, y allí, bajo la norma de vida musulmana, se fue formando un nuevo orden y un nuevo, aunque comparativamente tibio, despertar.

TEBAS JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Para los europeos, Tebas pasó a sumarse a las ciudades remotas y pertenecientes a tiempos desaparecidos, como pudo haberlo sido Troya. La Biblia y las obras de Homero y de los clásicos romanos eran los únicos sobrevivientes de esos tiempos heroicos y, de alguna manera, la profecía que enarbolaron los cristianos sobre el *fin del mundo* se había realizado. En cuanto a los musulmanes, en plena expansión y a los que erróneamente se coloca también en el Medioevo –ya que para ellos no lo era–, reactivaron el comercio, surgido al principio de los saqueos. Las carreteras enlosadas del Imperio egipcio desaparecieron para dar lugar a las rutas de caravanas, y el Nilo siguió siendo el mayor medio de comunicación.

En época de las Cruzadas, algunos cristianos confundieron las grandes pirámides con los *Graneros de Abraham*, mientras que el Faro de Alejandría, una de las siete maravillas del mundo antiguo, se había derrumbado a raíz de un terremoto y de las excavaciones que junto a sus cimientos habían hecho aventureros de toda clase buscando tesoros. Como ya dijimos, el califa Omar había mandado quemar los últimos restos de la Biblioteca de Alejandría, y la gran urbe se mantuvo como puerto comercial y militar, y sus palacios fueron desmantelados para construir El Cairo, así como mezquitas y nuevos palacios, allí mismo o en lejanas ciudades. Varios canales y ramificaciones del Nilo se cegaron, y se abrieron otros, ampliándose el delta, que perdió casi totalmente su antigua vegetación y fauna.

Tebas, cuyo cuadrilátero inmenso aún se divisa desde un avión que la sobrevuela a más de 5000 metros de altura, se redujo a la ciudadela de Luxor. El valle fue olvidado, salvo por los saqueadores, aunque ya no tenían casi acceso a las tumbas debido a los aluviones y derrumbes. Muchos templos de las cercanías de Tebas fueron reutilizados, cruzando maderos entre sus columnas –cosa que causó grandes daños–, como establos y paradores de las caravanas. El humo de las hogueras y el producido por las grasas quemadas de las carnes puestas al fuego fueron oscureciendo los multicolores techos y paredes. Como dijimos, los muros que sobresalían de las arenas y montañas de detritos sirvieron para afilar cuchillos o para asentar las mezquitas.

No faltaron ambiciosos que horadaron pirámides y estuvieron siempre a la búsqueda de tesoros, destruyendo los preciosos sarcófagos de sicomoro y cedro al descubrir que no eran de oro; los que tenían algo de metales preciosos fueron también destrozados para fundir esas riquezas. Con las momias se abonó la tierra, no solo de Egipto, sino que hasta el siglo XIX se importaban desde Europa para hacer medicinas mágicas, y las de gatos y peces fueron empleadas en Gran Bretaña como fertilizantes.

Con la caída de Constantinopla y con la regresión de los árabes en toda la cuenca del Mediterráneo a partir de la famosa batalla de Lepanto, algunos eruditos viajeros musulmanes y luego cristianos visitaron las ruinas de Tebas. Pero aún en el siglo XVII pocos eran los que reconocían algo de lo que veían. Hagamos una justa excepción respecto a los jesuitas, pues sabemos que los padres Protias y Francois recorrieron Tebas e hicieron dibujos y mediciones meritorias. También visitaron el Valle de los Reyes, aunque al final no supieron relacionar el material acumulado y no pudieron

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

afirmar que se trataba de la antigua *Tebas, la de las Cien Puertas*. Más tarde, en 1707, el jesuita Claude Sicard, destinado a una misión en El Cairo, fue enviado por el propio rey de Francia a remontar el río Nilo y levantar planos con referencias sobre las grandes ruinas. Parece ser que llegó hasta Asuán y Filé, y con los libros de Estrabón y Diodoro de Sicilia en su haber pudo distinguir con certeza Tebas y su necrópolis, de la que dejó una precisa descripción, contando diez tumbas accesibles que le impresionaron. Muchos de sus papeles llegaron a Francia, y se publicaron extractos en periódicos jesuitas. Murió en El Cairo durante la peste del año 1726, perdiéndose parte de su valioso material, ya que le podemos considerar como el descubridor de Tebas tras un milenio de incertidumbres.

Su obra despertó la curiosidad de sus contemporáneos. Según una inscripción hoy desaparecida o extraviada, grabada en una tumba, otro clérigo, Richard Pococke, habría estado en el Valle de los Reyes el 16 de septiembre de 1739. La obra publicada de Pococke tiene la gran novedad de incluir un mapa detallado del valle y de la ubicación de sus tumbas, aunque algunas no se hallaron jamás. De James Bruce, en 1790, se publicaron cinco gruesos volúmenes, con un trabajo extraordinario sobre Egipto. El viaje lo había realizado en 1768 y en su libro se incluía la vieja Tebas con sus dos asentamientos, en ambas márgenes del río. De la tumba de Ramsés III había pintado una lámina con dos arpistas, probablemente ciegos, que conmocionó a los aficionados a las aventuras, tanto que se la conoció luego como *La Tumba de Bruce*.

A finales del siglo XVIII se realizaron algunas excavaciones que no podemos ya precisar, pero que en su época recibieron el nombre general de *las excavaciones turcas*, puesto que Egipto había pasado a ser una parte, si bien algo distanciada, de los restos del Imperio turco.

Tendremos que esperar la misteriosa campaña de Napoleón (a principios del siglo XIX) con su ejército acompañado de numerosos científicos, dibujantes y literatos, para tener una fuente segura de lo que entonces quedaba del antiguo Egipto. Y me atrevo a denominar esta campaña militar del *Gran Corso* como “misteriosa” pues, más allá de los fines militares de cortar las comunicaciones de Gran Bretaña con la India, se descubre una inclinación enigmática en el futuro emperador de Europa hacia Egipto, quien llegó a confesar que no era la primera vez que estaba allí. ¿Acaso se refería a alguna encarnación anterior? ¿O simplemente a un poco probable viaje secreto? Jamás lo sabremos con certeza, pero sus creencias y sus poderes parapsicológicos, educidos en algunas batallas en las que llegó a ser visto en siete lugares distintos a la vez, nos hacen sospechar que vivía acosado por ciertas reminiscencias. Era notable su respeto y atracción por los Sagrados Lugares, tanto que, a todo riesgo, llegó a visitar Belén.

Ni bien fueron depuestos los mamelucos, en los aproximadamente tres años que duró la ocupación francesa de El Cairo, se produjo una transformación enorme en el viejo País de Kem. Según propias palabras de Napoleón, él estaba allí para “ayudar a Egipto a ir hacia la luz”. Y en verdad lo logró, pues fundó institutos científicos, hizo levantar mapas, dibujar de manera magistral las colosales ruinas, desenterró una vez

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

más la Esfinge de las arenas y hasta mandó barrenar uno de sus hombros en busca de los antiguamente citados pasadizos. En Denderah tuvo la actitud, nunca más repetida por un conquistador, de dejar una réplica exacta de la gran piedra del Zodíaco, antes de hacer transportar a París el original. Sus científicos reconocieron la importancia de la piedra trilingüe de Rosetta, la que por pactos de guerra pasó a poder de Gran Bretaña, aunque luego fue el francés Champolión quien, trabajando sobre calcos, descubrió la forma de leer los viejos jeroglíficos.

Fue de tal intensidad la obra de Napoleón en Egipto que alcanzó desde la modernización de hospitales hasta el dibujo y descripción de las flores de la Nubia. La presencia francesa en lo científico perduró más allá de la dominación británica, y aún se percibe en estas décadas finales del siglo XX.

Un de los grandes científicos de Napoleón, Denón, hizo la primera descripción “científica” del Valle de los Reyes y de un pueblecito allí establecido, que llamó Gurna; era tanto su entusiasmo que, generalmente, se adelantaba al ejército de ocupación, a pesar de ser ya casi anciano y obeso. El valle que él vio ya no es el mismo que vemos ahora, pues las excavaciones y ampliaciones para los caminos que utilizan los millones de turistas, lo ha cambiado todo. Pero sus narraciones nos dan una idea del impulso casi sagrado que movía a esos hombres y lo mucho más cerca que estaban ellos, con su sacralizado Napoleón, con sus lecturas de los clásicos en griego y en latín, con sus larguísimas marchas en barcas, caballos o a pie, con su dormir en tiendas o en vetustos palacios árabes de los antiguos egipcios, de lo que podemos estar los investigadores de finales del siglo XX. Las coloridas tropas, el sonar rítmico de los tambores, la vida altamente jerarquizada, pero a la vez profundamente humana, el conocimiento de los clásicos de primera mano, los ponía en un contacto especial con el viejo Egipto.

Hoy, nuestros aparatos fotografían o filman en pocos segundos lo que a un buen dibujante le demoraba días; nuestro apresuramiento por no llegar a ninguna parte o simplemente porque tenemos que contar los billetes o cheques de viajero que tenemos en los bolsillos; nuestro sentido “democrático”, que nos hace parecer normal que la gente pasee por los santuarios en calzoncillos; nuestro temor a la Naturaleza, que hace que ni bien declina el sol son refugiemos, en el mejor de los casos, en los hoteles de la Luxor actual, inevitablemente nos privan de ese contacto. Sería bueno reflexionar sobre este tema antes de lanzarse a criticar los comprensibles fallos de aquellos pioneros.

No hace mucho visité en Londres, en un pequeño museo que hasta hace poco fue particular, el sarcófago de Seti I, una fenomenal pieza de alabastro a la que, por desgracia, el clima de Londres deterioró sus jeroglíficos grabados con pintura azul cobalto que los rellenaba. Lo trajo a Europa, como tantas otras obras maestras, el casi sobrehumano Belzoni, quien también hizo extraordinarios dibujos en color de la tumba de Seti I, hoy deteriorada, que superan las posibilidades actuales fotográficas. Publicamos, para mayor ejemplo del valor de estas viejas técnicas, el dibujo del fondo del sarcófago que hizo Bonomi. Además, en 1821, en Piccadilly (Londres), Belzoni había

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

reproducido la tumba de Seti I, en un esfuerzo arqueológico-artístico que aún hoy nos asombra.

Muchas otras obras y descubrimientos realizó este pionero hoy tan criticado por los arqueólogos, pues sus métodos, como los de Schliemann en Troya, no eran totalmente adecuados ni “científicos”. Pero no olvidemos que gracias a esos “traficantes de antigüedades”, que encontraron enormes tesoros históricos “por casualidad”, poseemos los más bellos ejemplares de nuestros museos y muchas descripciones minuciosas, hechas a costa de impensables sacrificios, de pinturas del Valle de los Reyes que ya han desaparecido a manos de los buscadores de *souvenirs* o de traficantes de todas las nacionalidades.

¿Que muchos de esos restos han ido a parar a colecciones y museos privados que no cuentan con los medios de conservación adecuados? Cierto. Pero también es cierto que en los depósitos de los grandes “museos oficiales” se pudren y aplastan millares de objetos preciosos, y que hay muchísimas vitrinas en el mismo Museo de El Cairo que no han sido abiertas ni limpiadas en más de cincuenta años, y que irremplazables papiros se deshacen por estar montados bajo vetustos vidrios de la época de Maspero, hoy desencajados y expuestos al sol que entra por los ventanales cuyas cortinas no existen, no funcionan o se olvidan de correr. En otros lugares del mundo, por ejemplo en Lima, Perú, está absolutamente prohibido sacar del país la más mínima olla de barro de época precolombina, basándose en la protección del “patrimonio nacional”..., pero con cada nuevo temblor de tierra, revientan en pedazos cientos de vasos que se acumulan unos sobre otros en el Museo Larco Herrera, o bien, por tenerlos encerrados en barracones sin control ninguno, han desaparecido 10.000 *huacos* de plata, oro y aleaciones metálicas del Museo Nacional de Arqueología en los últimos lustros.

Con esto no queremos justificar la ambición más o menos estúpida de traficantes y “nuevos ricos” que ansían tener en su dormitorio una pieza arqueológica; simplemente aprovechamos para señalar que a veces los tan loados “museos oficiales” no tienen derecho moral para criticar a nadie ni dogmatizar sobre cosa alguna. A veces, el cariño por las antigüedades reemplaza con ventajas a los rumbosos títulos y titulares. Y los grandes descubrimientos, tanto en el Valle de los Reyes como en otros sitios del mundo, se lograron por vía de lo que llamamos en nuestra ignorancia “casualidad”, o por la información de un campesino analfabeto. No podrán los sesudos científicos atribuirse hallazgos que solo han podido hacer aprovechando (desde la Venus de Milo hasta el Tesoro de Tutankhamón, pues Carter, previamente a su trabajo científico y a su rescate, que es una obra maestra, recibió información de pistas que lo llevaron al descubrimiento) la ayuda de los humildes habitantes del desierto, esos cuyos nombres jamás conoceremos ni figurarán en ningún libro.

Precisamente la tumba del joven monarca de la XVIII dinastía fue el último hallazgo importante del Valle de los Reyes. ¿Nos esperan en el futuro nuevos descubrimientos? Es muy posible, pues el llamado Valle de los Reyes y sus adjuntos, de las Reinas y de los Nobles, no constituyó jamás un “cementerio” en el sentido actual del

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

término, sino *La otra Tebas*, la gran necrópolis otrora frecuentada y maravillosa que, al pie de la Montaña Occidental, recogió gran parte del esplendor de la última época histórica de la *Ciudad de las Cien Puertas*. Y el misterio final de los ritos secretos.

EL MISTERIO DE LA CONSTITUCIÓN INTERNA DE LA NATURALEZA Y DEL HOMBRE

Todos los pueblos de la Antigüedad se rigieron por una *instrucción esotérica* sobre la constitución interna, visible e invisible, del universo y del hombre.

Si entre las distintas opciones que tenemos para interpretar el porqué de la gran semejanza que subyace en todas esas antiguas civilizaciones, elegimos una enseñanza tradicional que devendría de un origen común a todos los pueblos, nos encontramos con que todos consideraron al hombre como una parte de la Naturaleza –y por parte no entendemos un fragmento, sino algo constitutivo que la integra y la explica–. Así podemos poner un poco de luz en lo que, de otra manera, nos parecería un absurdo teológico.

De la vieja Tebas y de Egipto en general, vamos a extraer algunos elementos simples pero esclarecedores.

Primeramente, queremos dejar bien establecido que los antiguos Misterios jamás fueron del dominio público, sino que el manejo de los mismos estuvo a cargo de cofradías sacerdotales que habían comprendido que el hombre corriente necesita religiones exotéricas, con fáciles enseñanzas sobre premios y castigos que recompensan y penalizan sus acciones. Las enseñanzas secretas son altamente peligrosas si se enfrentan con una visión simplista; por lo tanto, se las “tradujo” a la comprensión popular según las necesidades geopolíticas y espirituales de cada momento de la Humanidad.

De modo que, salvo un común denominador ético-espiritual, son distintas las concepciones formales de un griego a las de un chino, las de un maya a las de un egipcio. Tampoco son las mismas en las religiones que en la actualidad permanecen; no son iguales en su totalidad las recomendaciones de un hebreo, de un cristiano, de un budista o un musulmán. Pero si profundizamos, vamos a encontrar lo que podríamos llamar unos *valores permanentes* que son iguales en todas ellas. Estos no difieren de los que poseían los pueblos antiguos ni de los que, probablemente, alentarán a los pueblos futuros. Lo que se renueva es la presentación, pues siendo los hombres criaturas volubles que aún están en un aspecto de niñez espiritual, necesitan cambios periódicos en las formas y en los colores para seguir el juego de la vida.

Mal podía un Moisés, si quería convertir una tribu nómada en un foco radiante de cultura espiritual, dar un mensaje ecléctico, pues lo tribal primaba entre los israelitas y necesitaban sentirse separados de los demás pueblos para unirse entre sí. Si Jesucristo quiso conformar una nueva forma de vida –lo que llamaron los primitivos padres de la Iglesia, un *hombre nuevo*–, tuvo que promover un rechazo al desbordamiento de los poderes fácticos del Imperio romano que, borracho ya de gloria, había llegado a adorarse a sí mismo, no como un medio –a la manera augusta de un “Por el Imperio

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

hacia Dios”, que sintetizó en su propio apelativo de Augusto, hasta entonces solo reservado a Júpiter–, sino como culto maquinal de los atributos por encima del ser. Así, sus seguidores ayudaron a la desintegración de un mundo para que naciese otro. Y un Mahoma, para no dar más ejemplos, tuvo que infundir en el explosivo pueblo árabe el culto a la *guerra santa*, la conquista del espacio vital como expresión del espiritual, a la vez que evitaba enfermedades, como la triquinosis, convenciéndolo de que el cerdo es un animal impuro.

Las religiones exotéricas o populares tienen esa doble virtud: la de elevar espiritualmente al hombre, más allá de los medios empleados, y la de lograr una higiene en sus mentes y en sus cuerpos.

Lo esotérico es diferente, si no en aquellos mencionados valores permanentes, sí en sus preocupaciones; pues se trabaja con pequeños grupos de élite naturalmente preparados (ya se acepte la reencarnación o la simple gracia de Dios) para abordar temas profundos sin que las mentes se desquicien a la vista y entendimiento de los llamados *Misterios*.

En Egipto en general, y en Tebas en especial, existían los dos extremos: una religión exotérica para el pueblo que, sin problematizarlo, ofrecía la felicidad a los buenos y la infelicidad o la destrucción a los malos, y un colegio sacerdotal que se dedicaba a la investigación sagrada. Lo verdaderamente notable es que en el viejo Kem se logró durante milenios mantener de manera aceptable ambos sistemas sincronizados a través de innumerables matices. Salvo la “herejía” de Akhenatón, no existieron jamás confrontaciones importantes, y aun esta misma fue pasajera.

Veamos cómo se reflejan estos Misterios externamente. Tomaremos como ejemplo la *constitución septenaria* de la Naturaleza y del hombre.

Si aceptamos el viejo principio de que el hombre es la llave de la Naturaleza, como recogió acertadamente el aforismo de Protágoras: “el hombre es la medida de todas las cosas”, vamos a comenzar por la concepción de la escuela de Tebas acerca de la constitución del hombre.

Del denominado comúnmente *Libro de los muertos* (por haberse encontrado asociado a las momias, en las pinturas murales, vendas de lino real y papiros) y cuyo nombre más correcto sería *Libro de la morada oculta*, reproducimos la versión del *Papiro de Ani*, afortunadamente depositado y magníficamente expuesto en el *British Museum*, en una de sus versiones tardías pero más claras. Allí la figura central constituye una balanza, junto a la cual el dios de cabeza de chacal, Anubis, guardián y protector de los muertos, se dedica a pesar el corazón del difunto, para comprobar si es tan liviano como la pluma de Maat, la Justicia, que aparece en el platillo opuesto. En el extremo derecho aparece el dios Toth, que representa la ley universal, la sabiduría y el arte de curar a los vivos y a los muertos, bajo el aspecto de un hombre con cabeza de pájaro ibis; en una tablilla de colores y con un pincel común anota los pormenores del *juicio*. Junto a él está el *monstruo-que-devora-corazones*, una representación del Caos

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

en donde caen los perversos. A extrema izquierda, una figura de mujer con el sistro de Isis, la Diosa Madre, acompaña a otra figura que simboliza el espíritu mismo del que es juzgado y que, en su prístina presencia, tiene el tamaño de los dioses.

Descubriremos a continuación las “partes” integrantes del hombre, aquí representadas con pedagógica claridad.

1) Inmediatamente debajo de la barra horizontal de la balanza se ve una piedra cuadrilátera, en realidad un cubo achatado, coronado tan solo por una cabeza humana. Es el CHAT o KHAT, la materia del cuerpo físico, que en vida estuvo coronada por la cabeza o inteligencia, con apariencia humana. Es inerte, un simple trozo de materia, un “ladrillo” del universo al que vuelve bajo esa forma, como simple materia prima que un día tuvo apariencia humana. Es la *pedra cúbica* cuya descripción llegaría hasta los alquimistas del Renacimiento europeo, en una de sus claves.

2) Pendiente del extremo izquierdo de la vara horizontal de la balanza, bajo las cuerdas que conforman un triángulo ascendente, se ve una tinaja roja o un corazón. Es la representación de la energía vital que da movimiento al cuerpo físico, o simplemente la vida que el difunto vivió. Entre sus nombres seleccionamos el de ANKH, que se corresponde también con el de la Llave de la Vida, figura esquematizada de un hombre con un triángulo invertido por cabeza, que a veces está pintado de rojo para reforzar su sentido de portal de comunicación entre lo visible y lo invisible.

3) Entre el platillo mencionado de la balanza que sostiene el corazón y la columna vertical del instrumento, vemos una figura humana que es el *doble*, el KA, sede de los sentimientos, vehículo del espíritu hecho a su imagen, y que dio a la vez su forma al cuerpo físico a través de la vida. Está en actitud de marcha porque puede andar, trasladarse como un fantasma luminoso, y aun puede responder por el hombre mismo solicitando justicia. Él comparece ante los dioses y también ante los hombres cuando por sus virtudes no logró los Caminos del Cielo, condenado entonces a vagar por un tiempo en la tierra. Ya veremos que en la momificación se tomaban medidas para que esto último no ocurriera.

4 y 5) Una pareja de figuras humanas femeninas que, entre otros, reciben el nombre de AB y BA. Son las que en el papiro están situadas a la izquierda del platillo de la balanza que sostiene el corazón. Suelen mostrarse la una desnuda y la otra vestida, o bien una con vestido muy sencillo y el de la otra muy recamado. Son las dos partes de la mente humana: una superior, desnuda de vanidades, y otra inferior, en íntimo contacto con las pluralidades de la manifestación. AB es la parte de complejas estructuras de donde surgen las ideas-deseos, sede de la astucia y el egoísmo especulador. BA es, por el contrario, la sede de las Ideas Puras, las que pueden elevarse por encima de las cosas del mundo terrenal; recibe la luz superior desde su pequeñez humana. Es el yo-mental, la conciencia de la existencia individual. Pero la imperfección humana aún las mantiene unidas, una cerca de la otra, como si fuesen hermanas gemelas. BA es el Lugar Escondido, la cámara desde donde se espera la resurrección espiritual.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

6) Esta resurrección espiritual se representa por un pájaro –en las figuras tebanas mezcla de golondrina y de halcón– y con cabeza humana. En Menfis era representada por el fénix o pájaro de la resurrección. Uno de sus nombres, en Tebas, es AKHU o CHEYBI, y simboliza la intuición de las cosas sagradas. En una clave es el alma, la parte espiritual luminosa que da lugar a la magia blanca, a los prodigios, a las santidades. Tiene la propiedad de poder posarse, tal cual la vemos en el papiro, sobre el techo de las cosas concretas, y también, por su condición de pájaro, de remontarse y volar hacia las alturas de la *Otra Tierra*, el *Cuadrado Mágico* alumbrado por Amón o la luz espiritual. Esa *Otra Tierra* es la Mansión de los Bienaventurados, el Amen-Ti, literalmente *La tierra de Amón*, o mejor *El país de Amón* o *La gran casa de Amón*, que es perfecta y estable.

7) Finalmente, está la gran figura de la izquierda, por delante de la representación isíaca, la Gran Madre: es el espíritu osirificado, ATMU o SAHU. Es el hombre con posibilidad de recobrar su perdida estatura de dios, de ser Osiris-Ani, el dios-hombre. Es el Máximo Misterio, la causa espiritual del hombre mismo. Es quien permanece invariable a través de las reencarnaciones y de las diferentes formas que la magia natural obliga al hombre a tomar a lo largo de su camino humano y cósmico.

En el plano superior aparecen varios dioses sentados en sus cubos perfectos, con sus atributos, provistos todos ellos del WAS o bastón para andar en lo invisible, que para los humanos es la “oscuridad”. Este bastón es un atributo relacionado con Anubis y está rematado con una esquematización de su cabeza; su base se abre en dos partes que representan *las patas de la oca*, las que pueden caminar sobre el fango, vencer el barro del caos, *los Enemigos*, *la Necesidad de Alimento*.

En Tebas, como en todo Egipto, estos siete principios también estaban representados en las características generales de los templos. Y puesto que los templos eran a la vez las mansiones de los dioses y de los hombres que querían llegar a ser nuevamente dioses, el esquema es semejante. Los templos cumplían otra función en sus secciones más externas; eran lugares de reunión de los feligreses, y según las festividades, variaba la participación del pueblo.

Intentamos dejar claro –o por lo menos dar nuestra versión recogida de fuentes antiguas y sin más interpretaciones– que en Egipto, al contrario de lo que hoy se cree, los sacerdotes, fuesen del grado que fuesen y descontando las fallas humanas que siempre han existido, existen y existirán hasta el fin del tiempo, no eran padres-opresores del pueblo, sino padres en el verdadero sentido de la palabra y en su aspecto espiritual. La llamada “lucha de clases” es un invento intelectualizado de los siglos XVIII-XIX y que en el XX se ha convertido en un dogma. No existen las “clases”, existen las diferencias, como las que hay entre un niño, un anciano, un hombre, una mujer. Y de una manera, que por lo humana siempre ha de ser imperfecta, existen el amor y la religiosidad, la mística viva, que los relaciona a todos potenciándolos entre sí. Para Egipto, el mundo no estaba inmóvil, sino en marcha, y se trataba de que esa marcha fuese hacia delante, hacia arriba, ofreciendo una mayor capacidad de percibir el propio Yo a todos, y ha-

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

ciendo que todos participasen de la mejor manera en esta aventura maravillosa y trágica que es la vida en la Tierra.

Cuando un hombre se arrodillaba ante un sacerdote o ponía la frente en el polvo frente a un faraón, no lo hacía ante ellos como personas poderosas, sino ante lo que representaban..., ultrárrimamente Dios, la corona sagrada de los mismos que se arrodillaban o se postraban. En todo ello había cosas que hoy casi se han olvidado: devoción, humildad, bondad, amor.

Como entre los incas y entre tantos otros pueblos del pasado, en el Egipto “histórico” todo lo que se producía se dividía en tres partes: una para el mismo que la producía, la otra para el Estado-faraón y una tercera parte para el Estado-sacerdocio. Lo primero que nos impacta es que alguien pueda vivir con un tercio de lo que produce... pero en los años en que esto se escribe no tendría que asombrarse nadie, pues hay millones de hombres que viven cómodamente sin producir nada. Por otra parte, no es justo inventarle pobreza al pueblo egipcio, pues gozaban de todo lo básicamente necesario, cosa que hoy no pueden decir cerca de mil millones de personas. Pero cuando llegaban años de sequía, o las guerras de fronteras impedían a los hombres sembrar o cosechar a tiempo... entonces, como por arte de magia, se conectaban enormes recipientes de agua al Nilo, o se repartía lo acumulado en los *Graneros de Amón*. Así, la anterior dádiva se había convertido en una forma de ahorro, salvo las riquezas empleadas en obras públicas o en el mantenimiento de los mecanismos del Estado, cosa que tampoco debe asombrar demasiado a los que vivimos en las postrimerías del siglo XX. Al reafirmar que en el Antiguo Egipto no existían los esclavos, queremos dar una imagen más aproximada a la realidad que la fantasía, más o menos “cinematográfica”, que se ha hecho popular acerca de la explotación por una encumbrada minoría que aprovechaba la superstición y la ignorancia de un pueblo que obedecía rechinando los dientes y soñando reivindicaciones sociales. Lamentamos si estas aclaraciones golpean las creencias de algunos lectores... pero es lógico que alguna vez se les diga a los niños que no nacieron de un repollo. Las mentiras, a veces necesarias, tienen, como todas las cosas, un tiempo limitado de vida.

No podemos tomar un templo en concreto para explicar el simbolismo de sus partes, pues los agregados y las reparaciones que sufrieron esas colosales obras a través de los milenios las hacen confusas para la simple observación a que ahora nos remitimos, por lo que ejemplificamos con un templo-tipo de Tebas, simplificando sus estructuras a lo esencial y original.

El templo, imagen del universo en esta y otras creencias, tenía asimismo siete partes fundamentales:

1) El camino de acceso, que a veces es una avenida ornada de esfinges, y otras, de carneros solares o de simples monolitos. Representan *lo físico*, las cosas inmóviles pero atentas que sugieren con su actitud cuál es el camino que conduce al templo propiamente dicho.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

2) El o los pilonos: representan los pórticos que, a la vez, unen y separan el mundo humano del mundo divino. Es el acceso a *lo sacro*, con sus grandes planos que reflejan vitalmente la luz solar, y sus larguísimos gallardetes que flamean en lo alto, en postes adosados a los muros exteriores, como lenguas del Verbo que expresan la vida y el movimiento incesante.

3) El patio abierto al aire libre, rodeado por numerosas columnas que llevan en sus tallas y colores las diferentes escenas de la vida con sus emociones, sus triunfos y sus derrotas.

4) La sala hipóstila, generalmente pequeña y recogida, con juegos de luz y de sombras que expresan la duplicidad de un puente entre lo exterior y lo interior. La cierra al fondo un muro con una puerta comparativamente estrecha. Más allá está el mundo del misterio.

5) La sala de la barca, donde efectivamente se guardaba una barca ritual, a veces dentro de un brillante templete de piedras muy pulidas. Es el vehículo para el cambio de dimensión, pues ya no aparecen las grandezas pesadas y voluminosas de la vida manifestada. Decorada con figuras de dioses, permite navegar en el *Nilo Azul* del cielo estrellado. Estaba frecuentemente velada por cortinas semitransparentes, y a su alrededor ardía incienso y diferentes resinas en los pebeteros, para dar la sensación de aguas volátiles impregnadas de magia y misterio. En realidad, en un lugar subterráneo del templo se guardaba otra barca, pero no nos cabe ahora hablar de ella.

6) El que podríamos llamar santuario, lugar posterior, escondido, como una cripta iniciática bañada por la luz solar. Es el *lugar santo* donde se realizaban los recónditos ritos. Como complemento, al fondo y a los costados, tenía capillas que correspondían a diferentes ceremonias, a la sacralización de los objetos consagrados y a los compromisos de servir a Dios. Desde allí el alma, aunque estuviese encerrada en un cuerpo, o mejor, encadenada a él, se elevaba libre y poderosa, en la plenitud de su inmortalidad consciente.

7) Las aberturas en el techo, generalmente tronco-cónicas negativas, dejaban pasar los rayos del sol en determinados momentos, y tenían el poder, dada su ubicación, de iluminar en distintas horas las imágenes de diferentes dioses o lugares específicos en el suelo, a la manera de los oficios que milenios más tarde se harían en las cristaleras de las catedrales góticas para alumbrar signos escondidos en los pisos.

Este esquema básico se complementaba con diferentes capillas y templetos. El faraón y sus dignatarios no entraban al templo por la puerta de pilonos, sino que lo hacían por el lado izquierdo del templo, directamente a la sala o patio, para recibir la devoción y cariño de su pueblo, sumido en silencio reverente.

También existían los subterráneos, y otros templetos en las terrazas de la parte posterior del templo.

TEBAS JORGE ÁNGEL LIVRAGA

El templo, en general, cuando respondía a esta disposición típicamente tebana, presentaba sus techos cada vez más bajos a medida que se avanzaba, a semejanza de la Caverna Primordial. Salvo los sumos sacerdotes que vivían en los subterráneos, los sacerdotes lo hacían en construcciones cercanas al templo, en habitaciones a manera de celdas. Lagos sagrados, jardines encantados y obeliscos recubiertos en su parte superior con “fundas” de oricalco (*electrum* llamaron los griegos a esta aleación que hoy nos parece imposible por sus proporciones entre el oro y la plata, con el agregado de algún metal ultrapesado), que dejaban ver más abajo del pyramidón ciertos jeroglíficos, completaban el conjunto.

Los templos, como las personas, vivían en familias. Así, estaban enlazados unos con otros por avenidas, como en el caso del templo de Karnak con el llamado de Luxor, o por “camino” en el agua del Nilo. También existían pasadizos subterráneos de los cuales casi ninguno se ha conservado, pues en gran parte fueron cegados por los últimos sacerdotes, y los demás permanecen sepultados entre los escombros o bajo las arenas y aluviones de cascotes.

Puesto que las casas eran de un solo piso y excepcionalmente de dos, y no tenían mayores ornamentos por fuera, estos colosos arquitectónicos habrían podido verse desde muy lejos, con sus piedras tan pulidas y coloreadas, sus gallardetes y sus puertas de maderas y metales preciosos.

Está en proyecto una interpretación geodésica de los emplazamientos de las familias de templos egipcios, como ya se ha hecho con las de los mayas.

Otro elemento a mencionar son las bibliotecas, que también se encontraban en los templos y sus dependencias. Allí, en piedras, tablillas y papiros, se guardaban no sólo historias, sino meticulosos registros de todos los fenómenos naturales. Los mismos muros y techos de los templos suelen guardar enormes cantidades de datos astronómicos, históricos, teológicos, mágicos, etc.

Los papiros son relativamente tardíos. Se construían artesanalmente a partir del tallo de sección triangular de una planta, seleccionadas sus fibras, macerándolas y entrecruzándolas hasta convertir el conjunto en una especie de papel muy fuerte y rugoso, óptimo para la escritura y el dibujo en base a pincel fino. Todavía hoy, en las cercanías de El Cairo, se muestra a quien quiera verlo cómo se fabrica un papiro, si bien los modernos no compiten en calidad con los antiguos, algunos de los cuales estaban incluso enduidos con cera de abejas y polvo de talco finísimo.

Los papiros más importantes se guardaban, incluso en épocas de la Biblioteca de Alejandría –según se comprobó en el primer incendio–, bajo cobertores de un material incombustible, que podría ser fibra de piedra de asbesto. La misma Cleopatra llegó a quejarse de que sus antepasados (se refería en realidad a los egipcios y no a los griegos) no hubiesen protegido todos los papiros con esas fundas, pues de haber sido así, el incendio no los habría afectado... Un secreto más que Egipto se llevó consigo, pues no nos han llegado o no sabemos hoy reconocer esos formidables protectores. Y de los

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

papiros quedaron miles de fragmentos, aunque muy pocos enteros o que no hubieran sido reutilizados en tiempos muy tardíos para los menesteres cotidianos de contabilidad y correspondencia.

Creemos necesario decir que, con respecto a los antiguos papiros importantes que se guardaban en los templos, no valen para su lectura únicamente los variados tipos de jeroglíficos (muchos de los cuales no se pueden leer), sino además los colores en que están pintados. También existían numerosas claves basadas en las lecturas de grupos salteados o de progresión inversa. Aun en las simples improntas de los escarabajos existen frases y enseñanzas secretas con las que se torturan, generalmente en vano, los especialistas.



SENTIDO ESOTÉRICO DE LA MOMIFICACIÓN Y LAS OFRENDAS FUNERARIAS

Antes hemos tocado este punto muy brevemente. Lo haremos ahora con mayor amplitud.

La momificación en Egipto no es un caso único en la Historia; otros pueblos antiguos, si bien con técnicas distintas, la han practicado. Tampoco es la misma a través de los siglos en el propio Egipto, y repetimos que al principio del que podríamos llamar “tiempo histórico” solo se practicaban en los cuerpos sacralizados de los faraones o de grandes sacerdotes.

Asimismo renovamos nuestra afirmación de que, para los egipcios, la muerte y la vida no eran más que dos caras de una misma moneda, como diría el refrán mucho después. Hay una sola Vida... que se desliza sobre sus dos pies, la vida y la muerte... para repetir el ciclo mientras haya camino por recorrer, y al fin fundirse con el Alma del Mundo, el Espíritu Solar, Amón-Ra, en donde mora el Rey del Mundo, en lo cósmico: *Osiris-el-que-tiene-un-solo-pie*. Porque la primera momificación, según la tradición cuenta, la hizo el propio Anubis –deidad prehistórica– sobre el cadáver de Osiris, muerto y despedazado por Seth –la diferenciación–, operación en la que colabora la maga Isis, hermana-esposa de Osiris. Sin embargo, la parte sexual de Osiris no pudo ser hallada (esta es la explicación de ciertas mutilaciones encontradas en momias), y es Horus el Mayor, el Gran Pájaro del Espíritu, quien la encuentra, y llevándola en sus garras toca con un ala el hombro de la virgen Isis, a la que deja preñada de Horus Menor. El falo de Osiris desapareció en el Nilo (se identificó con el río), Horus el Mayor volvió a su cósmica morada, e Isis dotó al hijo que nace (que como todos los Hijos de Dios nace de una Virgen) con poderes extraordinarios para unir la Tierra y el Cielo, según el sentido del mismo nombre de Isis: *escalón-escalón*, o sea *escalera*. Horus el Menor combate al asesino de su padre –a la vez hermano de Osiris–, Seth; lo hace retroceder y esconderse en los pantanos bajo la forma de Sobek, el dios-cocodrilo. Horus pierde un ojo en el combate, pero ese ojo adquiere vida propia y será en adelante Uadjed, el Ojo Protector, con su eterna lágrima de compasión por los vivientes.

Este rito místico sería luego reproducido en la Tierra.

El cuerpo del faraón, príncipe, princesa, sacerdote o personaje que moría, tras los ritos que ayudaban a su alma, a veces “colocándola” dentro de una estatuilla o de un vaso (¿vendrá de allí el cuento del genio encerrado en una botella, de origen árabe?), era sometido a un proceso largo y muy complejo que no cabe relatar aquí en detalle. Hábilmente recibía lavados rituales a la par que antisépticos, exteriores e interiores, a través de todos sus orificios menos la boca, los dos ojos y los dos oídos. De sus narices, con toda pericia levantada la parte carnosa, se extraía el cerebro poco a poco con un tipo de gancho. Del vientre, por la parte izquierda, se quitaban las vísceras, incluso corazón y pulmones. Tras muchos baños y tratamientos, los restos extraídos, perfectamente lim-

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

pios y sumergidos en esencias aromáticas, se introducían en cuatro vasos llamados *canópicos* por los griegos, cuyas tapas representaban a los cuatro hijos de Horus (los cuatro elementos, las cuatro fuerzas): uno con cabeza de chacal, Duamutef; otro con cabeza de pájaro, Quebsenuf; otro con cabeza de mono del tipo cinocéfalo, Hapi; y el último con cabeza humana, Amset. Este último, a finales del Reino Nuevo, solía representar a la persona muerta, como la pieza n.º 3610 del Museo de El Cairo hallada en la tumba de Tutankhamón, cuyo rostro está probablemente adaptado para Smenkaré, ya que en esa tumba se acumularon, por las causas que veremos, muchos objetos que no tenían conexión directa con el faraón enterrado.

Estos cuatro vasos se colocaban en una arqueta especial que los mantenía verticales y separados. El muerto, como Ra, era secundado por cinco genios, cuatro encerrados en los vasos y el que en el féretro se fijaba a la momia. El sexto genio, relacionado con Osiris, era el que ayudaba al “Doble”, el Ka, a escapar del encierro a través de la puerta falsa de la tumba, a veces potenciada con escrituras; y en un caso, personalmente comprobado, con fragmentos altamente magnéticos de un aerolito. El séptimo genio era el más esotérico, jamás se lo nombraba y tenía una misión específica en el peso del corazón.

El cuerpo así preparado se vendaba muy cuidadosamente con bandas increíblemente largas de lino real entrecruzado ceremonialmente. Sobre ellas, y en los capuchones y mortajas de red de cerámica, se colocaban frases mágicas y amuletos para evitar que el cuerpo siguiese al alma. Sus dos piernas eran finalmente atadas como si fuesen una, adoptando la posición osiriana. La piel de las plantas de los pies era retirada y reemplazada por sandalias de papiro o de lino real, a veces con ojos, para que no diese ningún paso en falso ni volviese a andar en la Tierra. El corazón carnal se reemplazaba por uno de cerámica, de piedra u otro material consagrado, para que hubiese allí un símbolo no carnal de resurrección. Los brazos se cruzaban en distintas posiciones según el grado, sexo y época en que hubiese sido hecho el embalsamamiento que, como la palabra indica, es solo “introducir en bálsamos”.

El hecho de que la persona difunta llevase en su cuerpo signos de resurrección y que a su lado se colocasen armas, muebles, comidas y bebidas, ha creado la falsa imagen de que los egipcios preparaban el cuerpo para que, llegado el *Día Final*, se levantase como un robot y gozase de los placeres de la vida carnal. Tal concepción hubiese horrorizado a los egipcios: al pueblo por su superstición, y a los sacerdotes por su sabiduría. Tan solo en una forma cultural materialista como la que estamos viviendo nosotros se pretende hibernar a viejos enfermos con la esperanza de, una vez descubiertos los remedios para sus males, traerlos de nuevo a una vida completamente desconectada de su entorno natural y por demás efímera. Tampoco albergaban la creencia de los cristianos en una resurrección de la carne, pues su profunda observación de la Naturaleza les había enseñado la ley de los ciclos y las renovaciones o reencarnaciones de una misma alma, si bien a través de vehículos carnales nuevos, sanos y jóvenes.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Este ritual, hecho en la Tierra, tenía la misión de reflejarse en la *Otra Tierra* o Amenti. Sus formas mentales no se habían limitado a plasmar templos y caminos en esta Tierra, sino también en la otra, como podemos ver en los *planos del Amenti* reproducidos en tantos féretros y en sus libros sagrados, en los que se dan consejos para que el alma pueda pasar los portales de la adversidad en esta y en la otra vida.

Como ejemplo para esta vida, extraemos la formidable *Confesión negativa*, un monumento de guía espiritual para cualquier Aspirante a la Realización.

LA CONFESIÓN NEGATIVA I. (PAPIRO NU)

Salve, Dios grande, Señor de la Verdad y de la Justicia,

Amo poderoso: he llegado hasta ti.

¡Permíteme contemplar tu radiante belleza!

Sé tu nombre mágico y también los de las cuarenta y dos dignidades¹

que te rodean en la gran sala de la Verdad-Justicia;

el día en que se rinden cuentas de los pecados ante Osiris;

la sangre de los pecadores le sirve de alimento.

Tu nombre es: “El-Señor-del-Orden-del-Universo-cuyos-dos-Ojos-son-las-dos Diosas-hermanas”.²

Es así que yo traigo en mi corazón la verdad y la justicia,

porque he sacado de él todo el mal...

Yo no he hecho mal a los hombres.

Yo no empleé la violencia con mis parientes.

Yo no reemplacé con la injusticia a la justicia.

Yo no frecuenté a los malos.

Yo no cometí crímenes.

Yo no hice trabajar para mi beneficio con exceso.

Yo no intrigué por ambición.

¹ Las cuarenta y dos divinidades integraban el jurado cuando un alma era juzgada ante Osiris. En otro aspecto son “los 99 Nombres”.

² Isis-Neftis, y en otra clave, Nur-Nut (hay cinco claves más en el mismo tema).

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Yo no di malos tratos a mis servidores.
Yo no blasfemé de los dioses.
Yo no privé al pobre de su alimento.
No cometí actos execrados por los dioses.
Yo no permití que un amo maltratase a su sirviente.
Yo no hice sufrir a otro.
Yo no provoqué el hambre.
No hice llorar a los hombres, mis semejantes.
Yo no maté ni ordené matar.
Yo no provoqué enfermedades entre los hombres.
Yo no sustraje las ofrendas de los templos.
Yo no robé los panes de los dioses.
Yo no me apoderé de las ofrendas destinadas a los espíritus santificados.
Yo no cometí acciones vergonzosas en el recito sagrado de los templos.
Yo no disminuí la porción de las ofrendas.
Yo no traté de aumentar mis dominios utilizando medios ilícitos
ni usurpando los campos de otros.
Yo no manoseé los pesos de la balanza ni su astil.
Yo no quité la leche de la boca del niño.
Yo no me apoderé del ganado de los campos.
Yo no tomé con el lazo las aves que estaban destinadas a los dioses.
Yo no pesqué peces con peces muertos.
Yo no puse obstáculos en las aguas cuando debían correr.
Yo no apagué el fuego en el momento en que debía arder.
Yo no violé las reglas de las ofrendas de carne.
Yo no me apoderé del ganado que pertenecía a los templos de los dioses.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Yo no impedí a un dios que se manifestase.
Yo, ¡soy puro! ¡Soy puro! ¡Soy puro! ¡Soy puro!
Fui purificado igual que el gran fénix de Heracleópolis.
Porque yo soy el Señor de la Respiración
que da vida a todos los Iniciados
el solemne día en que el Ojo de Horus,
en presencia del Señor divino de esta Tierra,
culmina en Heliópolis.
Ya que vi culminar en Heliópolis el Ojo de Horus,
no me sucederá ningún mal en esta región, ¡oh, dioses!,
ni tampoco en vuestra sala de la Verdad-Justicia.
Porque yo sé el nombre de los dioses
que rodean a Maat,
la gran divinidad de la Verdad-Justicia.

Y para el alma, los siguientes fragmentos del mismo libro, comúnmente llamado *De los muertos*, que se combina con el *De las puertas*.

LA SALIDA DEL ALMA HACIA LA LUZ DEL DÍA

Las puertas del Cielo se abren para mí
y las puertas de la Tierra no impiden ya mi paso...
¡Quitad los cerrojos del portal de Keb!³
¡Dejadme entrar en la Primera Región!
Ciertamente, los brazos invisibles
que me rodeaban y me protegían en la Tierra
y que guiaban mis pasos

³ Keb, dios de la Tierra, juega un rol importante en el más allá protegiendo los primeros pasos del difunto.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

se han alejado de mí.⁴

La región de los Canales y de las Corrientes se muestra
a mi mirada

y puedo recorrerla a mi agrado...

Ciertamente, soy el amo de mi corazón “ib”⁵

y de mi corazón “hati”.

El amo de mis brazos, de mis piernas, de mi boca,

el amo de todo mi cuerpo,

el amo de las ofrendas sepulcrales,

el amo del agua, del aire, de los canales, de los ríos,

el amo de la tierra y de sus surcos,

el amo de los seres mágicos⁶ que obrarán para mí

en el mundo inferior.

Yo tengo total poder

sobre todo cuanto podía serme ordenado en la Tierra.

¡Oh, vosotros, Espíritus divinos!

¿Habéis pronunciado ante mí estas palabras?:

“¡Que participe en la vida eterna

comulgando con el pan consagrado de Keb!”.

¡Apartad de mí las cosas que detesto!

Mi pan de comunión será hecho con trigo blanco,⁷

⁴ Alusión a la libertad y responsabilidad asumida por el Iniciado

⁵ “Hati” es el *pasado*, el karma fijo, el corazón físico, la vida subconsciente e instintiva. El destino *futuro*, la posibilidad, es “ib”, corazón consciente, lleno de aspiraciones y deseos, donde reside la voluntad lúcida y la conciencia moral

⁶ Figurillas encontradas en las tumbas con forma de hombres, animales, etc., conocidas con el nombre de *ushabtî* (“los que responden a las llamadas”). Por medio de la magia se encargaban de todos los trabajos impuestos al difunto en el más allá, en el mundo inferior

⁷ La comunión de las dos especies (sólida y líquida) se expresaba mediante los símbolos de los colores correspondientes al Sol (rojo) y a la Luna (blanco).

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

mi bebida de comunión será sacada del trigo rojo,
viviré en el lugar puro y santificado,
bajo las ramas de la palmera,
árbol sagrado de Hathor, princesa del disco solar.

Hela aquí que se dirige a Heliópolis⁸
con el Libro de las divinas Palabras de Thot⁹
en sus brazos.

Ciertamente, yo soy el amo de mi corazón “ib”
y de mi corazón “hati”,
el amo de mis brazos, de mis piernas y de mi boca,
el amo del agua, de los canales y de los ríos,
el amo de los seres mágicos que obran para mí
en el mundo inferior.

Tengo yo total poder
sobre todo cuanto podría serme ordenado
tanto en la Tierra como en el mundo inferior.
Si se me coloca a la derecha, me dirijo hacia la izquierda;
si se me coloca a la izquierda, me dirijo a la derecha.
Sentado o de pie, suspiro mediante el hálito vivificante
del aire.

Ciertamente, mi boca y mi lengua... ¡He aquí mis guías!¹⁰

La esperanza, el acceso máximo del alma era, evidentemente, no retornar a la Tierra por un muy largo tiempo, aunque se sabía que, salvo para los seres superiores, el

⁸ Las indicaciones de los lugares geográficos no se refieren al conocido Egipto terrestre, sino a sus prototipos en el más allá de donde ellos se reflejan.

⁹ Dios de la Palabra creadora y mágica (*Logos*) y también de la palabra escrita.

¹⁰ La boca y la lengua (también la laringe) son los órganos de la Palabra mágica, instrumento perfeccionado y legado por Thot; es el *arma de combate*, por excelencia, del difunto.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

regreso era inexorable, pues el alma no estaba lo suficientemente perfeccionada como para convertirse en pura luz espiritual.

Las ofrendas, fuesen del tipo que fuesen, no eran colocadas para su utilización física. Como los egipcios creían que todas las cosas tenían un *doble*, se colocaban para que sus *dobles* acompañasen al alma y le sirviesen en el largo camino que, a semejanza del Sol *subterráneo*, o mejor *oculto*, debía realizar en las tinieblas. Por eso, en los cortejos funerarios y durante las preparaciones psicopómpicas, se efectuaban ofrendas al alma en forma de comidas que, en su parte material, eran luego aprovechadas por los mismos asistentes, como en una *comunión*. Solo lo que se guardaba en la parte inaccesible de las tumbas no se tocaba. Pero sabemos que en los templos funerarios y en las complejas tumbas del Valle de los Muertos de la *Otra Tebas*, los sacerdotes de la corporación de Anubis organizaban procesiones con ofrendas de flores, perfumes, bebidas, comidas y cánticos para los faraones momificados, usando las primeras cámaras, asimismo, a la manera de templos. Una vez cumplida la ceremonia, se retiraban los objetos materiales a los que se consideraba “descargados” de su doble y se los destruía ritualmente, enterrándolos en unos pozos cercanos (los actuales arqueólogos han hallado varios de ellos) o, si eran víveres, ofreciéndolos a los mismos que habían participado en la procesión y a los esforzados guardianes del valle. A pesar de la cuidadosa recogida de los “regalos” para el alma cuyo cuerpo yacía en el fondo del largo corredor funerario, los primeros arqueólogos encontraron pequeños testimonios, siendo los más emocionantes unas coronitas de flores a la manera de las que todavía usan los musulmanes en las festividades sagradas del Ramadán.

En cuanto a las letanías y encantamientos de los que se valían los sacerdotes en los festivos funerarios, o sobre la instrucción que poseían de lo que le ocurre al alma cuando desencarna, se ha perdido casi todo; bien por ocultación voluntaria de lo que se consideraba sagrado y secreto, bien por la necesidad humana, que llegó a calentar las termas de Alejandría, por ejemplo, haciendo fuego con millones de papiros.

Algo nos ha quedado, como hemos podido ver, sobre el paso simbólico del alma-sol por las Doce Puertas u horas nocturnas. Esto está reflejado, para citar solo lo que nos es de fácil acceso, en el llamado *Libro de los muertos, De la oculta morada o Del Aduat*, con instrucciones para esta y la otra vida, señalización de las *rutras ocultas*, etc., conocido a partir de la época de Tutmosis I. El *Libro de las puertas*, que instruye sobre cómo pasar a través de los Doce Portales, se conoce desde Horemheb. Además, están el *Libro de las letanías al Sol*, donde el dios-sol es invocado bajo setenta y cinco nombres diferentes; y el *Libro de la apertura de la boca*, que describe operaciones mágicas sobre la estatua y el cuerpo de una persona fallecida.

Estos libros, que son los principales en el momento en que esto escribimos, son solo conocidos por versiones que llegan del Imperio Nuevo y aún más tardías. Nada sabemos de otras versiones anteriores, salvo por trozos de papiros que, generalmente, los especialistas no alcanzan ni a relacionar con *Los libros*. De cualquier manera, lo secreto seguirá siéndolo, y es bueno recordar que las principales claves no fueron

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

escritas jamás, pasando de la boca del Iniciador al oído del Iniciado. O cuanto más, bajo efímeras series de figuras geométricas de un lenguaje universal, algunas de cuyas formas recogieron los jeroglíficos de escritura *hierática*.



Bajo el nombre general de *sarcófago*, el sencillo aficionado al Antiguo Egipto suele designar indistintamente aquello que los especialistas suelen diferenciar.

En verdad, esta denominación tiene origen griego y significa “comedor de carne”, bien porque la observación hubiera demostrado a ese curioso pueblo que un cadáver, depositado en una caja, suele quedar en los huesos en algunos años, bien porque en aquel entonces se creía en la existencia de una determinada piedra de origen asiático que tenía la particularidad de consumir la carne, y en el caso de las cajas funerarias, la humana.

Así, en lo egipcio, tendríamos que llamar *sarcófago* tan solo al féretro que usualmente estaba en contacto directo con la momia. Este, en los casos de enterramientos suntuosos, estaba perfectamente encajado en varias cajas que encastraban las unas en las otras. Dicho féretro solía ser de madera, y aun de cartón grueso en los tiempos tardíos. Solo la caja más externa era de piedra y ya no guardaba forma humana, sino que tendía a asumir la de una caja cuadrangular. En casos excepcionales, por ejemplo de faraones, se solía encajar el féretro en otros mayores, y al final todo el conjunto en una o varias capillas.

En casos más raros, que desafortunadamente aún no han llamado debidamente la atención de los arqueólogos, el féretro era de metal, no forzosamente oro como en el caso de Tutankhamón, sino de lo que los griegos llamaron *electrum*. Una de estas esotéricas cajas acaba de recibir un lugar digno y resguardado en el Museo de El Cairo, luego de estar mucho tiempo mezclada con objetos de menor valor. Su forma no es exactamente humana, sino una misteriosa combinación entre los aspectos sacramentales del halcón Horus y la humana. Habrían correspondido a grandes sacerdotes y estaban preparadas muy especialmente, por lo que su manipulación debe ser esmerada y cuidada, evitando todo aquello que pueda menoscabar o amenazar la forma mágica plasmada en la aleación. Es probable que a muchos lectores esto les suene a superstición y les parezca impropio del trabajo de un universitario; pero somos precisamente los universitarios los que sabemos, si nos despojamos de inútiles vanidades, lo poco o nada que las universidades del siglo XX enseñan sobre estas cosas. No debemos escandalizarnos ni perder el optimismo. Tampoco las universidades enseñaban que la Tierra era redonda antes del siglo XV, ni que se trasladaba alrededor del Sol antes del siglo XVII, ni que los fenómenos parapsicológicos son reales antes del siglo XX. Con el correr del tiempo, también se tomarán como buenas muchas cosas que hoy se desprecian o niegan sin la suficiente fundamentación, por el solo hecho de no dar cabida a cualquier hipótesis contraria a la moda.

Si para simplificar tomamos el ejemplo de un féretro o de un sarcófago antropomorfo, veremos que está normalmente recubierto tanto externa como interiormente de

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

jeroglíficos y signos mágicos. Por dentro abundan las representaciones de los dioses, especialmente de la Madre Nut, Señora del Cielo Estrellado y de la Luz en la Oscuridad; sus piadosas alas –que la relacionan con el alma-golondrina– están colocadas de manera que al cerrar la caja, la momia quede entre ellas. Otras veces, como en el caso del famoso sarcófago de alabastro transportado a Londres por Belzoni, la figura de la diosa aparece en el fondo para que la momia descansa sobre ella.

El féretro o sarcófago es como una nave para surcar los espacios psíquicos que separan la vida de la muerte. Es una caja de protección contra los vientos de lo que los “ocultistas” actuales llaman *mundo astral*, evitando el contacto con larvas y malos espíritus. Debemos considerar que para los egipcios, así como para los esoteristas de todas las épocas, el alma, mientras es humana, no se separa fácilmente del cuerpo físico ni del conjunto de sensaciones, afectos, recuerdos, entusiasmos y desdichas que la vida terrestre pudo engendrar; hace falta ayudarla a elevarse con el fin de evitarle, en lo posible, dolores y trabajos. En esa oculta ciencia se habían especializado los sacerdotes de Tebas.

Que una persona culta e inteligente no entienda ni crea necesarios los *planos* del Aduat que se dibujaron en el fondo de los féretros y sarcófagos, no tiene nada de raro. Si de alguna ignorada forma pudiésemos traer al siglo XX a una persona culta e inteligente del Egipto al que nos referimos y le mostrásemos un circuito impreso de un radio-transistor, tampoco entendería nada; y si luego lo hiciésemos sonar, creería que mantenemos músicos escondidos tras alguna puerta falsa... De la misma manera, muchos fenómenos “raros” que ocurren en los museos en relación con momias y estatuas, se atribuyen hoy a cambios violentos de temperatura, picaduras de mosquitos, jamás descubiertos venenos que impregnaban los objetos, o a microorganismos indeterminados. Creemos honradamente que vale la pena hacer un esfuerzo ecléctico y desprejuiciado en este, como en otros tantos temas, si con ello aumentamos nuestras posibilidades de acceder a la verdad más allá de las alienaciones inevitables que cualquier tiempo, el nuestro u otro, encierran.

Es muy probable, a juzgar por los hallazgos aislados –incluso en el mercado clandestino de antigüedades–, que los antiguos faraones, príncipes y sacerdotes, sin descontar a los altos funcionarios del Estado, recibieran ritos funerarios de extremada complejidad y basados en construcciones preciosas, bien por su arte o por los elementos con que estaban realizadas. Pero los saqueos ocurridos ya en pleno Nuevo Imperio, y los despojos que sufrieron las tumbas a manos de extranjeros y bandidos del desierto, no nos dejaron más que un ejemplo, si bien extraordinario, de los esplendores funerarios de aquellos tiempos. Nos referimos, por descontado, al descubrimiento por Carter (a principios de los años veinte y financiado por el desafortunado Lord Carnavon) del enterramiento de Tutankhamón.

Este faraón de la XVIII dinastía gobernó poco más de diez años, luego de la desastrosa experiencia de Akenatón y su tiránica orden de adorar, no a un Dios único como algunos de sus defensores pretenden, sino a una de las formas del dios-sol, Atón,

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

poniendo fuera de la ley los Misterios milenarios que en ese entonces se apoyaban en los Iniciados de Amón, de Tebas. Amenofis (*Amón-está-contento*) IV, que al sobrevenirle su locura religiosa se hizo llamar Akenatón (*Espíritu-de-Atón*), abandonó Tebas con toda su corte hacia una ciudad que empezó a construir en Tel-El-Amarna.

Lo cierto es que Akenatón no reinaba solo, sino que tenía a su lado un corregente que ha suscitado un enigma histórico. Se llamaba Smenkaré, y tan inseparable del faraón vivía que muchos opinan que Nefertiti era solo un símbolo oficial. Hoy, habiéndose descubierto el enterramiento de Smenkaré y no el de Nefertiti, hay investigadores que llegan a dudar de que la emperatriz cuyo busto, real o atribuido, es famoso por su estilizada belleza, haya existido. ¿Nos encontramos ante una versión milenaria de lo que hoy se denomina vulgarmente un “travesti”? Lo único seguro es que la momia de Smenkaré fue colocada en postura femenina y con atributos femeninos, aunque los estudios anatómicos confirman que se trata de los despojos de un muchacho.

Sea como fuere el detalle íntimo, en tiempos de grandes anomalías, el niño Tutankhatón (imagen viviente de Atón) sucedió en el trono de la Doble Corona a su enloquecido padre adoptivo, que fue probablemente envenenado o que se suicidó bebiendo vino emponzoñado. Bajo la tutela de los repuestos sacerdotes de Tebas, que contaban con el apoyo del pueblo, cambió su nombre por el que conocemos. Murió de forma repentina, pues tuvo que ser enterrado en una tumba secundaria preparada para un funcionario llamado Ai (Ojo), y se discute sobre si dejó hijos. Fue precedido, aparentemente durante muy poco tiempo, por Ankh-Keferuré Smenkaré, y sucedido también fugazmente por el mencionado Keferperuré Ai. Pero nada sabemos con certeza hasta el advenimiento del caudillo llamado Djesereferuré Horemheb, que fue el que reordenó Egipto y le abrió paso a su última etapa de esplendor, con los Ramésidas.

La tumba de Tutankhamón es pequeña, tanto que los desprendimientos aluvionales taparon su boca a menos de un siglo de construida. Tampoco sabemos que el joven faraón haya realizado ninguna proeza; pero los sacerdotes de Tebas quisieron, a través de él, restaurar con todo esplendor su poder espiritual, a la vez que le sobreprotegieron en un verdadero alarde de riqueza y de conocimientos mágicos. La acumulación de objetos de diferentes épocas y naturalezas demuestra que no se trata de un enterramiento “normal”, y el enigmático Destino quiso que llegase hasta nosotros prácticamente intacta; pues los saqueadores o últimas bandas revolucionarias solo pudieron penetrar en el corredor y la primera sala. Tal vez la cantidad inesperada de objetos los demoró, y alguna patrulla de la “policía del valle” les sorprendió, reponiendo las cosas rápidamente y llamando a un sacerdote de Anubis para que colocase los Sellos del Chacal sobre los falsos muros que hacían las veces de puertas.

A Carter debemos, con la dudosa financiación de Lord Carnavon (este se dedicaba, entre otras cosas, al tráfico ilegal de antigüedades: a las más pequeñas le placía convertirlas en joyas engarzadas modernamente antes de venderlas o conservarlas), y también a que el hallazgo hubiese sido en un buen momento económico y psicológico

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

del mundo, el que tantos tesoros hayan llegado con muy poca merma a ser expuestos en el Museo de El Cairo y luego en muchos otros países.

De este hallazgo se desprendió una extraña leyenda negra, que no viene al caso detallar aquí, que comienza con la muerte de Lord Carnavon en El Cairo a la misma hora que su perro preferido en Gran Bretaña; leyenda que aún no terminó, pues el más o menos subconsciente pavor que ha despertado el llamado *Tesoro de Tutankhamón* ha impedido el correcto mantenimiento de muchos objetos. Incluso la momia del joven emperador no está, como las demás halladas, en la Cámara de las Momias del museo caiota, sino que fue trasladada a su tumba original, junto al sarcófago exterior que la recubre y asimismo al féretro exterior que el turista no llega a ver más que a través de espejos que a veces ofrecen algunos guardianes árabes... que jamás pasan al interior. Es la única momia conocida que reposa en el Valle de los Muertos de Tebas, entre sus paredes pintadas, rápida pero bellamente, en un estilo que refleja aún ciertas deformaciones del arte de Amarna.

En el dibujo adjunto podemos ver cómo estaban encastrados los cofres entre sí, y a la vez estos en las capillas. Carter y sus hábiles ayudantes tuvieron enormes dificultades para manipularlos en espacio tan reducido. Pero, los artesanos del Antiguo Egipto habían dejado valiosas inscripciones y marcas en los encastrados... inexplicables si no se hubiese previsto que el descomunal *puzzle* iba a ser desarmado y vuelto a armar.

Las obras todas son maravillosas por su simbolismo, arte, artesanía y acabado, así como por los materiales empleados, entre ellos el oro como en ningún otro caso conocido. Claro que, la daga “favorita” del faraón tenía hoja de hierro meteórico..., pero ello es parte de una valoración mágica que al observador actual le ha de parecer absurda (aunque EE.UU. haya obsequiado a muchos jefes de Estado amigos un trocito de piedra lunar).

En nuestro presente trabajo podemos únicamente mostrar la armonía cósmica que reflejan los sarcófagos o como se les llame, ya que por ser atípicos escapan a la clasificación erudita.

Si bien en los enterramientos típicos de otros faraones había que introducir en la *cámara de la resurrección* –más allá de varios pasadizos y criptas– la cantidad de cuatro capillas y tres ataúdes, o por lo menos un sarcófago, un ataúd y la momia propiamente dicha, no ocurre eso con el ajuar funerario de Tutankhamón. En parte, por haber sido, como ya dijimos, enterrado apuradamente en una tumba muy pequeña, y por otro lado, por las circunstancias político-religiosas singulares por las que atravesaba el Imperio, que hicieron que sobre él se volcasen complicaciones ritualísticas cuyo significado se nos escapa.

Los contenedores de la momia estaban así dispuestos:

1) Una enorme capilla de madera revestida de estuco y oro martillado sobre símbolos mágicos en relieve.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

2) Otra semejante, que encajaba en la primera. Hay alusión a la *Barca de Millones de Años*, o sea, el Sol que lleva a los Bienaventurados.

3) Otra semejante, que encajaba dentro de la segunda.

4) Esta capilla es sensiblemente más pequeña y sobria.

Estas cuatro están normalmente depositadas en el Museo de El Cairo. Es probable que representen los cuatro elementos o dimensiones cósmicas.

5) Dentro de la última capilla se encontraba el precioso sarcófago de cuarcita rojiza, con sus esquinas custodiadas por cuatro diosas aladas, relacionadas en sus perfectos sobrerrelieves con las Cuatro Guardianas de las Esquinas y con el Ojo de Horus, Protector. Es la que hoy está en la tumba, pero su tapa, originalmente de granito de Tebas, ha sido reemplazada por un grueso vidrio protector. La tapa original está asimismo en el Museo de El Cairo. Una cama dorada funeraria estaba dentro, y cuesta entender cómo soportó durante tanto tiempo el enorme peso que tenía encima.

6) En el primer ataúd propiamente dicho, de madera sobredorada, debemos detenernos en un detalle: por primera vez aparece el rostro del faraón representado de manera adusta. Permanece en la tumba de Tebas.

7) En el segundo ataúd, también de madera sobrelaminada en oro, el rostro tiene una expresión menos rígida.

8) El primer ataúd, compuesto de oro puro, tiene un peso superior a los 200 kg, ya que se ha utilizado ese metal en base a un modelamiento macizo que supera frecuentemente los 2 cm de espesor. Lleva incrustaciones de piedras semipreciosas, pasta de vidrio y pequeñas cantidades de otros metales. El rostro aparece mucho más dulce y tranquilo. Parece incluso el de una persona más joven. Disimuladamente tiene manijas para manipularlo y levantar su tapa.

9) La momia se encontró completamente deteriorada y en pedazos, por efecto de los ungüentos y resinas que prácticamente la habían carbonizado, cosa que avala la teoría de que no se trató de preservarla, sino de purificarla.

10) Otro objeto importante es la máscara o capucha de oro, de confección parecida, o si se quiere aun más fina, a la del ataúd de oro; tiene sus propias características y en el rostro se nota una sonrisa y facciones muy juveniles. Si paseamos la vista rápidamente desde el primer ataúd a la máscara, nos parecerá que el faraón sonríe y se rejuvenece, teniendo este efecto, muy hábilmente logrado, un claro sentido espiritual que coincide con las creencias egipcias de que la muerte ofrece la oportunidad de ennoblecer el alma y hacerla continuamente joven.

La destrozada momia estaba guarnecida de muchísimos objetos rituales, amuletos, guanteletes, anillos, collares, estatuillas que representan al alma-golondrina...

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Se encontraron piezas de tejidos, a la manera de velos, como el blanco que cubría la gran imagen de Anubis sobre la Caja del Misterio. Pero apenas si dio tiempo a fotografiarlos, porque se deshicieron en contacto con el aire en movimiento, aunque no sabemos si todos, pues por increíble que parezca, no existe inventario detallado de los objetos, salvo la lista que hizo el mismo Carter y que tampoco ha sido estudiada convenientemente. Los velos que cubrían o envolvían algunos féretros aparecieron de color negro, si bien ya se sabe cuánto pueden mutarse los pigmentos. Salvo el lino, en su color natural blanco-lechoso, todos los demás colores posiblemente han variado.

No nos corresponde destacar la gran cantidad de clavones, manijas, placas de metales preciosos que hacían posibles los encastres. Pero sí que en muchos *cartuchos* donde se lee el nombre de Tutankhamón, se advierte que han sido retocados, lo que confirma la reutilización de muchos objetos, aparte de la misma tumba, que se cree fue rápidamente ampliada para dar cabida a los tesoros. Aunque no se podía efectuar el enterramiento de un faraón antes de los siete meses aproximadamente del ciclo sotérico, es lícito pensar que los sacerdotes de *Anubis echado sobre los nueve enemigos* no excedieron ese lapso mínimo. Sin embargo, no se olvidaron de colocar bajo las pinturas en cierta forma atípicas de los muros, los amuletos y los metales sagrados, así como los dibujos *que-se-ven-en-la-oscuridad*, a la manera de todas las criptas que tienen relación con la sabiduría tradicional.

Es de destacar la gran cantidad de maquetas de barcas que se encontraron en la tumba, desde una que no pasa de ser un ingenioso juguete, probablemente propiedad del faraón cuando era niño, confeccionada en alabastro sobre un receptáculo que si se llena de agua da la sensación de que la barquita está flotando conducida por dos enanos, hasta otras que pertenecen al ritual mágico. Estudiados sus aparejos sabemos que las había para navegar Nilo arriba, contra el fluir de la corriente, y también para dejarse llevar por ella. Claro está que no se referían al río físico, sino a su *Doble luminoso*, que cruzaba las tierras del Egipto oculto, el Amenti.

El otro objeto ritual de hierro, no sabemos en este caso si meteórico o no, es un pequeño “apoya-cabezas”, justamente colocado. Por lo demás, había cosas exóticas y desconcertantes, como vasos de alabastro con figuras grabadas en su interior que solo son visibles si se enciende una lámpara o una vela dentro. Estas imágenes del hombre, que al encenderse su luz espiritual se hace transparente y se muestran sus poderes escondidos, sus dioses interiores, hicieron que el famoso Osbert Lancaster dijese que el contenido de la tumba le hacía recordar “la venta de los objetos personales de una coqueta del Segundo Imperio, mantenida por un judío con gustos de anticuario”... Razón tenía Jesús cuando recomendaba no arrojar margaritas a los cerdos. Pero los actuales medios de comunicación hacen esto inevitable y los “especialistas” suelen ser los más aberrados intérpretes de un pasado que los desconcierta, y como por vanidad no pueden reconocer su ignorancia, se mofan de él en términos a veces ni siquiera aproximados a la verdad objetiva.

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Carter, ejemplo de lo contrario, es decir, un buen arqueólogo y un buen hombre, trabajó desde 1922 hasta 1929 extrayendo cuidadosamente todos los objetos con un equipo de restauradores y especialistas que embalaron todo lo registrado y lo enviaron a El Cairo. Los grandes féretros fueron trasladados a la capital egipcia en 1931. Carter, ya anciano, murió en Londres en 1939.

Con él terminaron las grandes epopeyas arqueológicas en Egipto. El mundo cambió, se empobreció, se fragmentó, y ya no quedó casi fuerza económica para dedicar a la investigación profunda del pasado.

Los vulgarmente llamados *sarcófagos egipcios*, sean como sean, suman miles y están en todas partes del mundo, provenientes de aquellas viejas excavaciones del siglo XIX y primera mitad del XX, en su casi totalidad. Sin saber exactamente por qué, las personas amantes del pasado los resguardan y sienten por ellos una extraña fascinación. En los grandes museos, la gente va casi de puntillas en las salas dedicadas a Egipto y se detiene ante las misteriosas *naves*, absorta, maravillosamente ignorante, cálidamente humana.

En sus *Dobles Luminosos*, sus antiguos dueños habrán bogado miles de años en la *Luz Astral*, y su finalidad ya está consumada. Pero aún nos atraen en este momento histórico desangelado, como una antítesis netamente espiritual, bella, mágica e ingenua en la cual intuimos el misterio de nuestro propio ser interior, perdurable e impregnado de fe en Dios, en la Naturaleza y en nuestro propio destino, allí donde mora el porqué y el cómo de nuestro fugaz pasaje en un momento determinado del tiempo y del espacio.

Un Genio invisible nos susurra muy íntimamente: “Hombre, no temas, la vida sigue”.



Hemos mencionado a Tebas como a horcajadas sobre el Nilo, con una ciudad de los vivos y con una necrópolis. No sabemos cuándo se originó esta última como una verdadera ciudad, con sus avenidas, templos, cuarteles para los guardias, puertos, etc.

Tal vez desde siempre se eligió la costa occidental del Nilo como lugar de enterramiento, pues ello está de acuerdo con los libros sagrados que la hacen regir por los *genios de occidente*, formas menores del prehistórico Anubis que ya estaba en la asamblea de los grandes dioses primordiales cuando Thot hizo al hombre con barro del río sagrado sobre un torno de alfarero, cuando las almas de los astros lo regían todo y Él guiaba a las formas de luz entre las sombras primordiales.

Los vestigios arqueológicos más antiguos hallados corresponden a la dinastía XI, aunque es en el Imperio Nuevo y más exactamente en sus postrimerías cuando los enterramientos se harán en complicados recintos funerarios. Los había para los reyes, las reinas, y los llamados “nobles”, término genérico y moderno que abarca desde los sacerdotes hasta artesanos destacados, cantantes, músicos, arquitectos, militares, médicos, poetas, etc.

También, junto a la simbólica Montaña Occidental o Montaña Roja, en los acantilados, muchos de ellos casi inaccesibles, existen millares de tumbas de todo tipo y variada antigüedad para toda clase de personas, aun las más humildes, incluyendo algunas de barqueros y campesinos actuales. Son conocidas tan solo por ese vestigio de las antiguas corporaciones que es el pueblecito de Deir-El-Medina, aunque sus actuales moradores no desciendan de los antiguos, pues son beduinos llegados al lugar en una época indeterminada. Sin embargo, estos moradores de Grunah conocen mejor que los arqueólogos profesionales dónde están los viejos enterramientos, y a sus datos debemos la casi totalidad de los hallazgos.

Para ellos, la principal fuente de ingresos económicos ha sido la venta de información de objetos “faraónicos” (como los llaman), y una cantidad inimaginable de réplicas, algunas perfectas, como las tres plaquetas que adquirió nada menos que Carter y que hoy se suponen falsas. La astucia de estas gentes es, mal que nos pese, digna de admiración. Hace unos años se descubrió, en las canteras de alabastro cercanas, una veta que había sido trabajada en tiempos antiguos y abandonada, de manera que parte del material había adquirido la bella pátina que tan solo dan los milenios; los actuales artesanos fabricaron luego con ese alabastro unos vasos tan perfectos que su autenticidad la pusimos en duda solo al ver el gran número que de ellos había. Su origen contemporáneo lo supimos después.

Hoy se conocen más de cuatrocientas tumbas, desde las formadas por el aprovechamiento de una falla natural del terreno o de una grieta, hasta los complicados recin-

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

tos de cientos de metros de extensión. Las tumbas reproducen de varias maneras las *Doce Horas* del Aduat, y en general van descendiendo, siguiendo el texto que comienza así:

“Los escritos de la cámara oculta, los lugares donde están las almas, los dioses y los espíritus. Los que hacen. El principio del Cuerno del Occidente, la puerta del horizonte occidental. Este es el conocimiento del poder de los que están en el mundo escondido. Este es el conocimiento de lo que hacen: el conocimiento de sus ritos sagrados a Ra; conocimiento de las fuerzas misteriosas; conocimiento de lo que hay en las horas, así como en sus dioses; conocimiento de lo que les dice a ellos; conocimiento de las puertas y el camino por el que pasa Dios; conocimiento de los poderes y los aniquilados”.

Este largo camino de enseñanzas secretas estaba representado pictórica y arquitectónicamente en las grandes tumbas. Asimismo, *el lugar oculto* o la cripta iniciática era representado por el lugar en que se depositaba el sarcófago. El cadáver era puesto con la cabeza hacia el oeste y los pies al este, para que su *doble luminoso* escuchase más fácilmente los susurros de los dioses y pudiese, alzando la cabeza, contemplar el Sol de Resurrección en el Amenti, en su Amanecer Victorioso.

Se ha constatado que, tal cual recomiendan los libros para las criptas, se llenaba de arena fina y limpia el suelo de los lugares más sagrados en las tumbas.

Hay un detalle que es bueno considerar para la interpretación general de estos portentos subterráneos: es el haber comprobado que su trazado no es totalmente ortodoxo, sino que los arquitectos variaban algunos recorridos y niveles para asentar la obra en la roca sólida. Esto se debe a una motivación funcional y también a que los egipcios entendían la obra del hombre como armónica con la de la Naturaleza. Su respeto, que hoy llamaríamos *ecológico*, era inmenso. Por ello, aun con costos enormes, en sus más grandes templos, los capiteles de sus columnas representan flores que se abren si están en el centro de la obra, y flores en capullo, con los pétalos cerrados, si están en un lugar alejado del centro gravitacional ceremonial.

El tan mencionado –y desgraciadamente poco comprendido y hasta criticado– *sistema de orden* que tenían los egipcios, no era una máquina férrea *contra natura*, sino todo lo contrario. Percibido el orden piramidal en el cosmos y en la Tierra, en el hombre y en todas las cosas, y el enlace feliz de las causas con los efectos, que se convertían a su vez en causas de otros efectos, aplicaron en lo posible los números y las divinas proporciones que rigen el universo a sus propias obras, físicas y metafísicas.

Para ellos, la resurrección del difunto en un mundo que estaba en otra dimensión, pero que no difería casi de este, no era una esperanza ni un acto de fe, sino una certeza como la que logra el matemático. Estamos seguros de que en la gente sencilla de los pueblos y los campos, la fe reemplaza a esta sabiduría atemporal... Pero no fueron agricultores, pastores ni artesanos los que diseñaron y forjaron los Misterios egipcios y dieron los planos para realizarlos en este mundo. El pueblo trabajaba en las grandes

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

obras públicas, como también el pueblo trabajó en las carreteras romanas, en las catedrales góticas, en los ferrocarriles del siglo pasado o en los aviones de este. Una forzosa *élite* es siempre la que toma la responsabilidad directa de interpretar las leyes de la Naturaleza y señalar de manera inequívoca cómo se deben plasmar en obras artificiales, o sea, hechas por el arte de los hombres.

Hoy una persona sube a una aeronave porque tiene fe en que va a llegar adonde se ha propuesto... Pero el que la diseñó, y aun el piloto que la conduce, no tiene solo fe, sino conocimiento y experiencia.

De modo que ver al Antiguo Egipto como una cultura conformada por un montón de fanáticos e ignorantes que se explotaban los unos a los otros, o deducir por la longitud de los corredores de las tumbas del valle cuánta influencia habían ganado los sacerdotes sobre los faraones al final de la época ramésida, como quieren algunos estudiosos, es pura “socio-ficción”, algo que jamás ocurrió, salvo en la fantasía deformada por las presiones de las alienaciones económico-materialistas actuales.

Las grandes tumbas del valle se dividen, para su mejor comprensión, en tres grupos: de los reyes, de las reinas y de los nobles, pero todas tienen el mismo diseño básico, con menor o mayor desarrollo. Hay elementos pictóricos, como el friso Hecker y las estrellas de cinco puntas en el cielo, que se mantienen, y también los arquitectónicos de un pozo o su símbolo perpendicular al camino, así como alguna o muchas capillas laterales. En algunas tumbas principales se nota un amplio acodamiento hacia la izquierda, de significado astronómico.

No cabe dar demasiada importancia a la tumba en sí de Tutankhamón, pues a pesar de su popularidad, no fue hecha para un faraón solo, y además se amplió rápidamente, como comprobamos en el techo que cubre el sarcófago.

Como se dijo, el pozo es uno de los elementos permanentes y, por lo tanto, hemos de verlo como necesario y aun imprescindible. ¿En el sentido físico, para detener ladrones y las poco frecuentes pero peligrosas filtraciones de agua? ¿En lo metafísico, como representación del abismo primordial y captador de las energías telúricas que llegan desde el centro magnético del planeta?

Si nos situamos en el canon del pensamiento egipcio, veremos que no existe contradicción entre una cosa y la otra; ambas se complementan y es muy probable que para ambas sirviese ese pozo, profundo y cuidadosamente hecho. Respecto a su función concreta, sabemos que solo la cumplieron a medias, pues muchos saqueadores, cuando Egipto se derrumbó y aun antes, a la luz de las antorchas y valiéndose de gruesas sogas, lograron cruzarlos y alzarse con los tesoros. Las trampas mortales y las maldiciones que según los folletines actuales y el cine empleaban abundantemente los egipcios, son meras fantasías y especulaciones. Solo al final de su ciclo, o en épocas de inestabilidad política, los arquitectos recurrieron a dispositivos especiales para proteger los lugares sagrados. Respecto a las maldiciones, simplemente no las hay; lo único que desde la prehistoria hasta los tiempos de Cleopatra vamos a encontrar son advertencias, muchas

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

veces simbolizadas sencillamente en la serpiente Ureus, sobre los peligros de burlarse o destruir las cosas consagradas. Traducido esto a nuestros tiempos, sería el equivalente a los carteles que ponemos para avisar que en un lugar hay electricidad y supone peligro de muerte para las personas ajenas a la profesión y que quieran manipular los cables.

Además, es bueno recordar una imaginada aventura que algunos atribuyen a Paracelso, aunque el cuento en sí es mucho más viejo, de raíz egipcia precisamente. Se dice que estando el famoso médico-alquimista en la ciudad de Alejandría vio entrar a la Peste con un saco vacío al hombro. La interrogó y ella le dijo que venía a cobrar su impuesto anual de vidas, que serían mil. El médico-mago le advirtió que no se llevase ni una sola más que las que el Destino le había otorgado cargar. Aceptó la Peste el trato, pero a los pocos meses salió de Alejandría llevándose no menos de 20.000. Irritado, Paracelso le echó en cara su engaño, y la Peste le contestó que no había roto el pacto, que se llevaba tan solo mil muertos de enfermedad: los demás habían muerto de miedo... ¿No pasará lo mismo respecto a muchas muertes misteriosas que se atribuyen a la “maldición” de los faraones?

El orden procesional que repetían en piedra y pintura los libros misteriosos se vio afectado con la caída del Nuevo Imperio, y los sacerdotes tuvieron que desalojar esos complicados mecanismos mágicos de sus sacralizados cadáveres, que fueron escondidos en otros lugares, amontonados a veces rápidamente en escondrijos. El *doblo luminoso* ya había partido a través de la “puerta falsa”, y por lo tanto, tan solo cabía salvar los cuerpos del manoseo de las hordas de atracadores imposibles de controlar. Así, en las dinastías XXI y XXII se colocaron, por ejemplo, en un sitio escondido, las momias de Sekenenrá, Ahmosis, Amenofis I, Tutmosis I, Tutmosis II, Tutmosis III, Seti I, Ramsés II, Ramsés III, sacerdotes de Amón y otras no identificadas.

En la tumba de Amenofis II se encontraron la del propio Amenofis II, Tutmosis IV, Amenofis III, Menepthah, Siptah, Seti II, Ramsés IV, Ramsés V, Ramsés VI, la reina Tiyi, la de dos mujeres y la de un niño no identificados.

También se usaron pequeñas cámaras laterales o capillas para ocultar los despojos, como en la tumba de Amenhotep II, en donde el investigador Loret constató fotográficamente de qué manera algunas momias fueron arrojadas, cayesen donde cayesen, como la de un príncipe, que lo hizo sobre una vieja barca ritual del dueño original de la tumba. Es posible que nunca sepamos el porqué de estos extremos apresuramientos y las persecuciones y crímenes que deben haberlos precedido. Pero lo que importa a la finalidad de este trabajo es demostrar que los propios sacerdotes, sin dudar del respeto que debían a sus antiguos reyes y sabiendo que ellos ya no habitaban en sus cuerpos momificados, solo trataron de que no cayesen en manos impías. Esto contradice el concepto materialista de nuevo cuño que nos trata de convencer de que los egipcios pensaban que sus momias iban a “resucitar” físicamente.

Los escribas, tan solo cuando pudieron, como en el caso de la momia de Ramsés II, hicieron una inscripción sobre los vendajes exteriores con el fin de que en alguna otra

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

oportunidad se pudiese identificar a los ahora desprovistos de sus oropeles y hasta de sus nombres encerrados en *cartuchos*.

Desafortunadamente, los saqueadores encontraron los escondrijos mencionados antes que los arqueólogos, quienes solo gracias a las informaciones de los propios saqueadores rescataron las momias, ya en lamentable estado y despojadas de casi todos sus amuletos y del escarabajo-corazón. Esta circunstancia hizo que se perdiesen asimismo muchos papiros, salvo los escritos en *cursiva*, que al no tener dibujos coloreados no fueron partidos, sino vendidos completos por los saqueadores.

En el restringido recorrido turístico, aún se pueden ver las maravillas estéticas y simbólicas de algunas de las tumbas. Todavía se respira allí el misterio de esas corporizaciones del recorrido del alma-sol a través de las tinieblas y la materia, del terror y del caos.



En este pequeño libro, con las limitaciones propias de nuestra ignorancia y de la época en que nos ha tocado vivir, hemos tratado de dar al paciente lector una serie de deshilvanadas visiones de aquella fabulosa ciudad que los griegos llamaron Tebas.

Aprovechamos el tema para buscar ciertas raíces y hacer comentarios que forzosamente han excedido el ámbito geográfico de esa ciudad para extenderse a todo el Egipto y aun a su posible origen atlante.

No hemos escrito para los eruditos; ellos saben demasiado y no les hace falta estas pobres referencias, sino ir depurando poco a poco sus conocimientos de todo el fangoso prejuicio que los rodea. Recuerdo cariñosamente a uno de mis viejos catedráticos de Historia, a quien, en mi juventud incauta, me atreví a preguntarle, a la luz de los entonces nuevos descubrimientos de fósiles de animales de agua dulce y de lavas que se habían condensado en contacto con el aire y que ahora yacen a miles de metros de profundidad en el seno del océano Atlántico, si él, personalmente, creía posible que hubiese existido la Atlántida. Luego de algunos rodeos profesionales me confesó que sí, pero que si se formulaba oficialmente tal hipótesis y se le sumaba la de que pudo estar habitada por perdidas civilizaciones, muchos de los numerosos libros considerados como faros del saber tendrían que ser quemados; y que él solo quería llegar a una jubilación sin problemas. Para su desgracia, un infarto se lo impidió a los pocos días de mi charla, pero siempre admiré su íntima franqueza y su verdadero espíritu científico, aunque las circunstancias de su tiempo se lo hiciesen ocultar.

El fracaso de tantos sistemas sociales y políticos en esta segunda mitad del siglo XX permite poner en duda también la eficacia de conceptos que se tienen por infalibles. Tal vez la única ventaja del derrumbe de los muros de esta civilización materialista es que, a través de las grietas, ya se empiezan a vislumbrar nuevos horizontes. Con una buena dosis de humildad podemos empezar a concebir nuevas ideas que, como siempre, en este espacio y tiempo curvos se encontrarán con sus ancestros milenarios.

De la angustia nace la esperanza, como de la noche el día.

Tenemos la seguridad de que muchas de las cosas que hemos presentado y que, por fuerza, han de chocar con el criterio establecido, hallarán en muchas personas el eco necesario para que cada cual recomponga la idea que del antiguo Egipto han recibido desde su niñez. Es que, con la aceleración de los tiempos que se produce en todo viraje de la Historia, la niñez ha quedado muy lejos. Ya es tiempo de encarar nuevas posibilidades.

Desde hace tiempo, viajo a Egipto casi anualmente, no como turista ni como investigador científico-universitario. Trato de olvidar lo que soy ahora para recordar tan solo que soy un filósofo, y que mi alma tal vez existió antes de que se levantasen las

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

pirámides y que seguirá existiendo cuando de ellas no queden rastros. Rodeado muchas veces de mis jóvenes discípulos, a quienes dedico este libro, simplemente recorro el viejo país de Kem tratando de ver y de oír. Todavía, en algunos de sus lugares, el tiempo se ha detenido y los actuales habitantes siguen reproduciendo prácticamente iguales las viejas costumbres. Aun los remeros, cuando van contra corriente, cantan unas pocas palabras milenarias que no tienen traducción al árabe, y pintan sus casas y los remos de sus barcas con los mismos colores que hace miles de años. Desde esa paz, entre los colosales restos del “gran naufragio” de aquella civilización misteriosa, aún se pueden entender ciertas cosas que no enseñan los libros corrientes y, lo que es más importante, se puede vivirlas.

Yo creo en muchas cosas que mis contemporáneos no creen y, por contrapartida, ellos creen en muchas cosas en las cuales yo no creo.

Así de simple.

Ellos gozan con muchas cosas que a mí no me dan satisfacción y yo disfruto de muchas cosas que para ellos no valen nada. Creo que todos tenemos el derecho natural de equivocarnos o de acertar. Y, con Platón, creo asimismo que lo que es verdad para unos, no lo es para otros.

Mis colegas universitarios saben muchas cosas que yo ignoro, y yo sé cosas que ellos no quieren saber.

En este pequeño libro se reflejan algunas de esas circunstancias. Es mi esperanza que algunos quieran escalar ese estado filosófico que hemos llamado NUEVA ACRÓPOLIS.

Mi alma se inclina reverente y bebe las aguas del Nilo al pie de las palmeras, tal cual lo aconsejan los viejos libros. A lo lejos, se levantan bandadas de ibis blancos y la Montaña Occidental se tiñe de rojo mientras se alza el viento fresco que otrora movía los Abanicos de Amón. Tal vez no esté todo perdido y se pueda, en un futuro, vivir en un mundo menos contaminado, otra vez, una aventura espiritual. Tebas no es un lugar físico: Tebas es un *estado de conciencia*.

¡BIENAVENTURADO EL QUE VIVE, BIENAVENTURADO EL QUE MUERE EN TEBAS!

Cala Ratjada, Mallorca, España

Agosto de 1984

TEBAS
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

BIBLIOGRAFÍA

BELZONI, GIOVANNI. *Narrative of the Operations and Recent Discoveries within the Pyramids, Temples, Tombs and Excavations in Egypt an Nubia.*

BLAVATSKY, HELENA PETROVNA. *La doctrina secreta.*

BRUCE, JAMES. *Travels to Discover the Source of the Nile.*

CARTER, HOWARD y MACE, ARTHUR. *La tumba de Tuthankhamón.*

CARTER, HOWARD. *The papers of Howard Carter at the Griffith Institute.*

CHAMPOLLION, JEAN FRANCOIS. *Monumentos de Egipto y Nubia.*

DENÓN, VIVANT. *Viajes por el Alto y el Bajo Egipto.*

DIODORO SÍCULO. *Biblioteca histórica.*

ESTRABÓN. *Geografía.*

FLINDERS PETRIE, SIR WILLIAMS. *Las tumbas reales de las primeras dinastías. Seventy Years in Archeology.*

FRANKFURT, HENRY. *Ancient Egyptian Religion. The Cenotaph of Seti I at Abydos.*

GARDNER WILKINSON, SIR JOHN. *The Manners and Customs of the Ancient Egyptians.*

HERODOTO DE HALICARNASO. *Los nueve libros de la Historia.*

MASPERO, GASTÓN. *Les Momies Royales de Deir-El-Bahari.*

MAYES, STANLEY. *The Great Belzoni.*

SCHWARZ, FERNANDO. *Manual de Egipto.*

SPENGLER, OSWALD. *The Decline of the West.*

WALLIS BUDGE, SIR E. A. *La Piedra de Rosetta en el British Museum. The Mummy.*

Baedeker's Egypt and the Sudan.